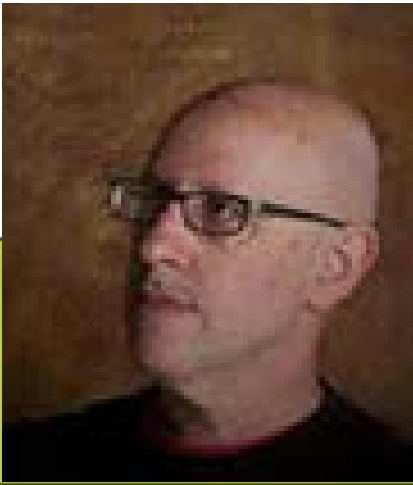


Cuenta Sergio Chejfec: “Cuando empecé a escribir la novela, la concebí como una especie de ensayo narrativo que iba a tener alrededor de veinte páginas. Después las cosas cambiaron y me di cuenta de que me interesaba trabajar con otros materiales. El relato se fue expandiendo. Y advertí también que podía incluir las impresiones más arbitrarias y subjetivas respecto de

Venezuela y del paisaje venezolano. Entonces lo que iba a ser un ensayo narrativo terminó siendo un relato ensayístico, en el que Baroni es la primera figura pero, a la vez, es una suerte de excusa para hablar sobre estética, sobre Venezuela y sobre algunos personajes de ese país que son para mí sumamente emblemáticos y enigmáticos”



MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

Sergio Chejfec: retrato incierto

Narrador, ensayista, poeta y profesor universitario, Sergio Chejfec nació en Buenos Aires y murió en Nueva York. Autor de una admirada y singular obra literaria, vivió en Caracas entre 1990 y 2005

ANTONIO LOPEZ ORTEGA

Estoy intentando recordar la primera vez que vi a Sergio y no hallo un lugar o una imagen que sea precisa, determinante. Puede haber sido en casa de un amigo común, en alguna charla o conferencia, en una librería. ¿Nos habremos tomado un café en el Arábiga? ¿O acaso una cerveza en el “Chino” de Los Palos Grandes? Alguien me habrá hablado de él (posiblemente Diómedes Cordero), ¿o quizás de mí a él?, porque en el primer intercambio no hizo falta que nos presentáramos: todo fluía como si ya supiéramos el uno del otro. Pero no encuentro el escenario, o los temas que nos eran comunes. Veo su cara, su corte al rape, sus anteojos gruesos, una franja de color poco pronunciado, pero no las palabras, las ideas, el hilo de la conversación. El tono de sus palabras nunca fue grandilocuente: hablaba, digamos, desde un país neutral, con ideas propias, siempre atento al discurso del interlocutor. Con mayor claridad, creo, veo la llegada de Graciela Montaldo, su compañera y esposa, que ya para entonces era una referencia de la crítica literaria hispanoamericana. El departamento correspondiente de la Universidad Simón Bolívar la esperaba con los brazos abiertos: indudablemente, era un importante refuerzo para apalancar los estudios de doctorado, que seguían a los de maestría en una universidad de clara vocación científica y tecnológica. Lo que en un principio solo fueron materias llamadas Lenguaje I o Lenguaje II, que se se injertaban entre derivadas e integrales, a lo largo de los años terminó siendo uno de los departamentos de estudios superiores en literatura hispanoamericana más distinguidos del país. Si Graciela hizo del Valle de Sartenejas su primera morada, la de Sergio habrá que buscarla en Santa Mónica, en las oficinas de la revista *Nueva Sociedad*, donde empezó a trabajar como redactor y corrector gracias a la experiencia que ya traía desde su natal Buenos Aires, donde ya trabajaba con el mismo grupo. Saberse en tránsito desde el cono sur a los tristes trópicos quizás lo hayan convencido de que cualquier ayuda o contacto serían beneficiosos en la nueva realidad. Pero vuelvo a la primera impresión para convencerme de que no cuento con la chispa del inicio, con la imagen inaugural, con la palabra que nos pudo anudar en una inédita conversación. Lo que tengo, insisto, lo



SERGIO CHEJFEC / @VASCO SZINETAR

que preservó, es mezcla de instantes, superposición de imágenes, fundición de tiempos, y eso me permite ver a muchos Sergios a la vez, el que conozco y el imaginario, el que recuerdo y el que desearía recordar, el real y el ficticio. Y todos esos valen, viven, respiran, están presentes, porque si algo definía a Sergio es la multiplicidad, esto es, las variables maneras de ser siempre el mismo.

Sergio se radicó en Venezuela de 1990 a 2005: a sus 66 años representó casi la cuarta parte de su vida. Este país lo recorrió como pudo, admirando siempre tanto el paisaje natural como el humano. Eran largas jornadas viajeras, sobre todo hacia los Andes, donde la mirada se volvía virginal: todo lo que veía lo hacía por primera vez. En Caracas su primer hogar lo halló en la urbanización Santa Eduvigis, y más específicamente en un edificio que daba hacia la avenida Rómulo Gallegos (tener al gran novelista como padrino no ha debido ser poca cosa: como mínima señal, la ratificación del oficio en un nuevo contexto de vida). Desde un cuarto o quinto piso, ese balcón hacía posible divisar más allá el Parque del Este, es decir, un adelanto de la cornucopia tropical que luego se haría vasta e inabarcable. Varias veces estuve cenando en ese apartamento y lo que sentía o imaginaba era la respiración honda de ese silente cuerpo vegetal: bucares, araguaneyes y apamates construirían una cromática espina vertebral. Ese barrio de cuadrículas, quintas cincuentonas, paseantes ocasionales y

torrentes vertiginosos cuando llovía, le fueron ofreciendo a Sergio las primeras cercanías o amistades: Victoria de Stefano a pocas cuadras, Salvador Garmendia en una segunda instancia, Rafael Castillo Zapata también amigo de Graciela. Pero luego vendrían más, porque el círculo se abría. En 1991, cuando desde Mérida se convoca por primera vez la Bial Picón Salas, ya Sergio sería un invitado permanente. ¿Cómo habría logrado la conexión andina? Tiendo a pensar que más bien se la debemos a Diómedes Cordero, para entonces un lector voraz de narrativa argentina: Sergio no debe de haberle parecido extraño, sino más bien un aliciente para conocer a más autores sureños. Quien recuerde el paso sucesivo de escritores como Juan José Saer, César Aira o Alan Pauls por la meseta merideña, hallará sugerencias de Sergio que los organizadores acataron con resultados memorables. Lo estoy viendo ahora, por ejemplo, acompañando a Saer por uno de corredores del Prado Río, haciendo las veces de lazarillo. Pese a su grandeza, Saer me pareció muy tímido, más bien introvertido; le costaba entablar un hilo de conversación con los que se acercaban por pura admiración, y más bien buscaba a Sergio como quien busca un refugio de intimidad. Hablaban interminablemente, y yo sospechaba que Sergio le traducía al maestro ese mundo montañoso que desconocía. En otro episodio de la Bial, recuerdo una peregrinación hacia el Valle de San Javier en busca de una pizzería. La idea había sido de Ednodio Quintero, otro gran amigo de Sergio, que la exaltaba como

un templo para complacer el paladar. La casa parecía de piedras, los cipreses se doblaban al compás del viento, la leña del horno cóncavo crujía. Sergio celebraba con discreción ese remanso cuasi neblinoso, los ojos inquietos, el verdor que se hacía musgo entre las grietas, la conversación entre escritores que comulgaban con las mismas lecturas. Por momentos solo silencio, mirar a la lejanía, sorber una cerveza fría, compartir alguna anécdota de la respectiva Bial. Eso también valía: ir hacia dentro, sin necesidad de hablar, pero sintiendo que la compañía era viva, que estaba entre pares, que la mudez nutría tanto como la palabra compartida.

Cuando Sergio se radica en Caracas, ya había publicado sus dos primeras novelas en Buenos Aires: *Lenta biografía* y *Moral*, ambas en 1990. La secuencia que viene después no nos permite saber si sus siguientes novelas fueron “concebidas” en Venezue-

Sergio se radicó en Venezuela de 1990 a 2005”

la o incluso escritas. Más difícil sería determinar si hubo en alguna de ellas un caso de referente propiamente venezolano, pues más que fabular, bien lo sabemos, la prosa narrativa de Sergio era indagatoria: más cercana del pensamiento y menos de la anécdota. En todo caso, las obras que coinciden con su estancia caraqueña serían las siguientes: *El aire* (1992), *Cinco* (1996), *El llamado de la especie* (1997), *Los planetas* (1999), *Boca de lobo* (2000) y *Los incompletos* (2004). Se trata de seis novelas, inscritas en ese ciclo de tres lustros, que, de alguna manera, conforman un estadio de medianía, de madurez, desprendidas ya de su fase bonaerense, vamos a creer que prime-riza, y puente de acceso a lo que terminó siendo su ciclo de cierre, esto es, el epílogo neoyorquino, conformado por los títulos *Mis dos mundos* (2008), *La experiencia dramática* (2012) y *Teoría del ascensor* (2016). Dejo por fuera, a propósito, el caso de *Baroni: un viaje*, que, si bien se publica en 2007, me atrevería a asegurar que sí fue escrita en la estancia caraqueña, o también tras la conexión andina que implicó muchos viajes terrestres, todos necesariamente hechos antes de 2005. Recordemos que el nombre de Rafaela Baroni, en el campo de la cultura popular, destaca a una artista trujillana fluida en la pintura y, sobre todo, en el arte de la talla. En qué momento la habrá conocido Sergio es un misterio, pero sí recuerdo las pesquisas que hizo en publicaciones de la Fundación Bigott para hacerse un mapa mental de la talla popular venezolana. Muy pronto, creo, Graciela y Sergio se hicieron coleccionistas, no con sentido de abundancia, pero sí con un criterio de selección admirable. Las tallas que comencé a ver en el apartamento de Santa Eduvigis, como convidados rectilíneos que espiaban la escena humana, las volví a ver ampliadas en el apartamento de Nueva York, en ocasión de la última vez que estuvimos juntos. Esos seres humanoides, me digo, lo acompañaron hasta el final. Vuelvo a leer las descripciones de las tallas que Sergio desarrolló en *Baroni: un viaje* y me digo: nadie entre nosotros, ningún escritor venezolano, ha escrito algo así, con tanta delicadeza o sentido de penetración. ¿Por qué un referente que podría haber sido nuestro lo pasamos por alto y tiene que venir un escritor visitante a mostrarnos un ángulo, a cumplir una tarea, que nadie ha sentido como encomienda? Supe luego que el descubrimiento de la Baroni se convirtió en verdadera amistad: los encuentros en Caracas o Isnotú, las llamadas telefónicas, hermanaban al escritor con su personaje. Tanta cercanía supongo que también le permitió presenciar un acto muy íntimo de Rafaela que, en claves de arte contemporáneo, vendría a ser un verdadero *performance*: me refiero a la representación de su muerte, en la que Rafaela se enterraba a sí misma. Hacia la primera década del siglo pude ver ese acto en los espacios abiertos del Museo de Petare, y en el recuerdo revivo la solemnidad y el silencio de los espectadores. Sospecho que seguramente Sergio también lo presenció, ahondando en la extrañeza del significativo ritual.

(Continúa en la página 2)

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

"Fuimos vecinos, unos cuatrocientos metros separaban su edificio de mi casa, de esa amistad en los últimos años de su residencia en nuestro país, al que amaba, al que recorrió, en el que fue feliz y del que siempre se sintió agradecido, también participó Salvador Garmendia"

VICTORIA DE STEFANO

Para mí y para muchos, los que tuvimos y tuvieron el privilegio de leerlo, de ser sus amigos, de ser sus fervorosos, hoy desamparados alumnos, en los talleres, ha significado una gran y desoladora tristeza la impen-sada muerte de Sergio. Estos últimos años han segado muchas vidas, nos vamos quedando cada vez más solos, en este caso se trata de una vida joven, no cualquier vida joven, una vida volcada a la escritura, a las letras, a un proyecto, como pocos, de entrañable devoción y firmeza literaria. Sé que llegamos a ser verdaderos amigos, que nos aproximamos con el afecto, con la tierna simpatía que dan las afinidades y cierta paridad de intereses sensibles. Nunca me abstuve de manifestarle la admiración solici-ta y discreta que me inspiraba, lo digo así, porque quien lo haya conoci-do, incluso solo como lector, estará al tanto de que con cualquier alegación de motivos más enfática no se habría sentido en absoluto a gusto. Fuimos vecinos, unos cuatrocientos metros



SERGIO CHEJFEC / ©VASCO SZINETAR

separaban su edificio de mi casa, de esa amistad en los últimos años de su residencia en nuestro país, al que amaba, al que recorrió, en el que fue feliz y del que siempre se sintió agra-

decido, también participó Salvador Garmendia. Salvador leyó *Cinco* y *El llamado de la especie*, inmediata-mente me hizo saber que, gracias al ritmo de su prosa, a su imperturba-

ble parquedad, a la penetración de su observador y a peculiares giros lingüísticos de su narrativa imbricada a la teoría, los había leído con entu-siasmo, tanto como más tarde *Lenta*

biografía... Gracias a Sergio, Salva-dor leyó a Antonio di Benedetto, los cuentos, particularmente *El silencio-ro*. Quedó muy impresionado. En fin, el sol del trópico hace la diferencia, comentó con una mueca irónica, en-cogiéndose de hombros..., así, la po-nencia que llevó al Simposio “Borges y yo”, se llamaba “Borges nos curó de una insolación”, que arrancó sonri-sas a todos que proveníamos de más arriba de la línea del Ecuador.

Aprendí mucho, muchísimo de Ser-gio, hice lecturas, no solo de escrito-res argentinos, sino de otros más, los escritores somos alérgicos a las literaturas nacionales, los escrito-res, por suerte, somos como médi-cos sin fronteras. Sin mi amigo Ser-gio, sin las lecturas que me sugirió y nos sugerimos, sin nuestras ter-tulias –recuerdo una en que estaba presente Salvador, hablaron mucho de Lugones, Salvador tenía una gran memoria, recitó algunos de sus poe-mas, saltaron a Horacio Quiroga, *Ra-diografía de la pampa*, que leí poco después con fascinación– tal vez ja-más habría podido proseguir en la dirección de muchos de mis libros posteriores. Un día que íbamos al café Orleón del Edificio Niza, el café de Don Manolo lo llamábamos, le di-je que acababa de leer *Los anillos de Saturno*, de Sebald, te vas a caer para atrás cuando lo leas. Y él me respon-dió, qué casualidad, esta mañana me escribió un amigo de Buenos Aires: Sergio, *Los anillos de Saturno*, te van gustar mucho, muchísimo. Y en efec-to así fue, pocos días después lo leyó. Y en efecto, le gustó. Entonces le di-je, sabía que te iba a gustar, porque es una novela del espacio y tus no-velas son como las de Sebald, así las definió Bajtín, novelas del espacio y de algunas otras cosas más, como los infortunios de nuestros tiempos y de varios siglos atrás. ☹

Sergio Chejfec: retrato incierto

(Viene de la página 1)

IV Insisto en la palabra *viaje* (¿transformación, cambio de estado?) para in-tuir en la obra de Sergio una probable veta de su poética: no la quietud, no lo que se siembra, sino lo que cambia continuamente. Por ejemplo: cómo pudo, ante un José Gregorio tallado por Rafaela, decir cada vez cosas dis-tintas. O mejor: cómo referirse siem-pre a los pájaros que la artista ado-saba a un ángel robusto en claves variables. Llega un momento en que la narración se suspende para que el pensamiento irrumpa como una co-lumna vertebral. O dicho en palabras del propio Sergio: “La ficción como es-cenario de la narración no me gusta; me suena pretenciosa. Prefiero una voz más baja, digamos lo dado, como requisito para el relato. Ahí se presen-taría una imaginación más hospitala-ria a registros distintos a la ficción. No escribir la ficción sino escribir sobre el significado de lo que esa ficción está cantando. Tomar la ficción como ob-jeto y no como principio”.

V Una de las citas más memorables de la Bial Pal Salas, fue aquella en la que se les solicitó a todos los narra-dores invitados la lectura de una *ars po-etica*. Todos estábamos estimulados, ¿o más bien aguijoneados?, a hablar de lo que nunca se habla, porque muchas veces la escritura es más terreno de la inconciencia que flujo consciente. El esfuerzo colectivo fue notable y cons-tituye un documento invaluable para cualquier estudioso del tema. Pocos meses después, en una edición mara-bina, Miguel Ángel Campos logró una compilación de todas las intervencio-

nes. Releo la de Sergio y es como si lo estuviera viendo, oyendo, palabra tras palabra. Los ojos recorren las líneas y luego se elevan para no abandonar a los asistentes. ¿No fue acaso una de las intervenciones más impresiona-tes? Con voz cadenciosa, tono neutral, breves pausas, Sergio postulaba que la narrativa que le interesaba no es la que cuenta una historia, la que descri-be una escena, la que propicia una res-puesta sentimental. Frente a todo esto, Sergio se sentía lejano, quizás porque ya llevamos siglos en esa empresa que tantas obras nos ha legado. Con-tar por contar, le resultaba un acto de repetición: espejos (¿narcisos?) donde nos seguimos viendo. Más le interesa-ba la narrativa como reflexión, como reflejo del pensamiento, como indaga-ción de la escritura. Su poética no era fácilmente compartible, ciertamente, pero era la que sostenía con una con-vicción inquebrantable. Indagar sobre lo que se narra, por qué se narra, qué ganamos y qué perdemos al narrar. O mejor dicho con las propias palabras de Sergio: “La experiencia puede ser algo efímero: desde aquello que se pre-siente sin concretarse hasta la idea de trance, que transmite un sentido de intensificación obtenida a cambio de tiempo. Me gustan esas palabras: ex-periencia, trance, porque remiten a cosas que no son necesariamente he-chos, escenas o acciones”.

VI 2005 marca su despedida de Venezue-la. Es cierto que la invitación a ingre-sar como profesora en la Universidad de Columbia, con la que se distinguió la labor docente de Graciela, determi-nó la mudanza de la pareja. Recuerdo que, en esos años previos, cuando nos tomábamos un café, Sergio se mostra-



ba muy preocupado sobre la deriva ve-nezolana. Los ecos de las dictaduras argentinas, de las desapariciones, de las torturas, gravitaban como even-tuales escenarios. El temor que él abrigaba, no lo terminábamos de ver nosotros. Le dolía pensar que el país que le dio albergue, lleno de amigos permanentes, se fuera al abismo. Esa preocupación la seguía teniendo des-de Nueva York, al punto de estar siem-pre pendiente de todos. Creo que sen-tía una especie de impotencia por no poder ayudar más. La amistad pasó a otra fase, porque ahora el protagonis-mo era el de las cartas o los correos electrónicos: si sabíamos siempre el uno del otro, era gracias a ese anda-miaje. Quizás sin proponérselo, como si fuese una nueva empresa, Sergio se convirtió en el mejor anfitrión para los escritores venezolanos que logra-ban peregrinar hasta Nueva York, ya sea invitados o como estudiantes be-cados. Muy pronto, además, se hizo profesor de la maestría de Escritura Creativa que promovía la Universidad de Nueva York: allí fueron más recu-rrentes los intercambios con los que terminarían siendo jóvenes escritores.

VII La última vez que nos vimos fue, precisamente, en Nueva York. Mi es-tancia era corta y, para asegurar el encuentro, lo fijamos con mucha an-ticipación. La idea era encontrarnos en el apartamento de Graciela y Ser-gio (que seguía resguardando tallas inolvidables) para tomarnos un ape-ritivo, y de allí caminar unas cuadas hasta un restaurante que ha podido ser griego o italiano. Desde un ho-telito en la calle 50, Nela y yo toma-mos un autobús y luego caminamos más de la cuenta: era la primera vez, creo, que usaba la herramienta *goo-gle maps* para llegar a un destino. El autobús nos dejó en la parada previs-ta: estábamos cerca, sí, linealmente hablando, del apartamento de Sergio, pero entre un punto y otro mediaban unas cuadas que no reconocíamos, varias escalinatas y unas colinas chatas. El barrio, sin duda, era Harlem, y me costó encontrar a un vecino que me ofreciera alguna pista certe-ra. Finalmente una abuela semiabri-gada, con un nieto que no soltaba de la mano, nos señaló la primera esca-linata; luego vendría una segunda, y para colmo una tercera. Al llegar a una explanada, el ambiente cambia-ba: residencias alineadas y árboles que comenzaban a mostrar su folla-je. ¿Estábamos en primavera? Es lo que aseguraría recreando la escena a la distancia de una década o más. El apartamento de Graciela y Sergio era luminoso, desde el balcón se podía di-visar el *campus* de Columbia. En una esquina estaba el primer grupo de ta-las (todas mirándonos), y en otra el segundo. Como árboles en selva tu-pida, las tallas descollaban, peleando entre sí, para ver cuál de ellas recibía el primer rayo de sol. El encuentro con los amigos fue muy grato, anima-do; nos tomamos los aperitivos; baja-mos luego y caminamos unas tres cuadas. No recuerdo qué comimos,

pero sí el rostro de un mesonero, con un mostachón inabarcable. Sergio preguntaba mucho por los amigos, y yo intentaba hacerle una relación de cada uno. Nombres y libros se suce-dían hasta colmar la curiosidad.

VIII Vuelvo a pensar en ese último en-cuentro y me pregunto por qué fue tan difícil llegar al lugar de destino, por qué nos perdimos y nos costó re-conocer las sendas que nos llevarían a un brindis. Es una pérdida que se ensancha con el tiempo, que me ha-ce pensar en *la trama* borgiana: allí estábamos repasando una escena ya escrita. Curiosamente, años después, Sergio estuvo invitado a la Feria del Libro de Las Palmas y me escribió para encontrarnos en Canarias, que es donde ahora vivo, pero a la vez, en esas mismas fechas, yo recibía una invitación de la Universidad de Nueva York. Es decir, él viniendo a mi encuentro y yo yendo al suyo. Ese hipotético enlace, pienso, no se dio porque fue el anterior el que estaba consignado, con todo y sus extravíos previos. Es como si el destino duda-ra en poner su huella de fatalidad en una esquina u otra, pero al decidirse la guillotina es exacta. Sergio tu-vo la hidalguía, el gesto fraterno, de no hablar de su desaparición, de no inmutar a sus amigos con desgracias ajenas: salvaba la amistad de requie-bros, preservando así la luminosidad, que es lo que nos nutre y enriquece, porque lo demás, el sinsentido, qué nos aporta: pues absolutamente na-da. En esa línea de firmeza y clari-dad, también es bueno recordar de qué manera valoraba el oficio que lo sostuvo hasta el último soplo: “La es-critura es una atribución de signifi-cados, puede tener distintos grados de transparencia”. Y para rematar y emparejarla con la vida: “También la escritura es una escena”. ☹

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

ENRIQUE VILA-MATAS

Empiezo como terminaré: a la deriva. Y lo hago preguntándome si tienen forzosamente las novelas que narrar una historia. La respuesta es más que sencilla: pretenden contarla o no, siempre la cuentan. Porque no hay un solo lector inteligente que, por mucho que le den a leer algo raro e incluso la novela más hermética del mundo, no sepa leer una historia detrás del impenetrable texto que hayan podido darle. Ahora bien, ¿qué puede suceder si el lector es inteligente y en cambio el novelista no lo es? Sospecho que en esos casos tiene lugar siempre una gran fiesta. Me acuerdo de Georges Simenon que dijo que no es en absoluto necesario que un novelista sea inteligente, sino todo lo contrario: cuanto menos inteligente sea, más posibilidades se abren para él de ser novelista. Sin duda llevaba toda la razón del mundo, porque yo he tratado a grandes novelistas a lo largo de mi vida y ninguno me ha parecido muy inteligente, sobre todo comparado con otras personas que he conocido, personas dedicadas a otras artes, negocios o ciencias. Claro está que hay excepciones a esta regla. El gran novelista argentino Sergio Chejfec es una de ellas. Aunque, si lo pienso bien, Chejfec es alguien inteligente a quien no le cuadra bien la palabra *novelista*, porque él más bien crea artefactos, narraciones, libros, *pensamiento narrado* antes que novelas.

Mis dos mundos, por ejemplo, es ante todo un libro que nos recuerda que hay novelas con historias, pero también novelas que no son tan ortodoxas –la de Chejfec se sitúa en este apartado–, aunque contienen también historias. La que se cuenta en *Mis dos mundos* no es fácil de sintetizar porque, como sucede en todas las novelas de este escritor, lo importante parece ser excusa para destacar el papel dramático de lo accesorio. Y así, en *Mis dos mundos*, el efecto que provoca la vacilante búsqueda del narrador termina por hacernos ver cómo en el propio relato se va dibujando el sendero de una decepción: el camino que va forjando un cierto estado del alma del narrador que oscila entre el miedo, la confusión y la incertidumbre. Parecidos problemas tengo ahora para resumir en una fórmula constreñida el inmenso material en expansión de este libro. Pero si tuviera que resumirlo de alguna forma, diría que estamos ante la historia de un escritor que está a punto de cumplir los 50 años, y probablemente debido a esta fecha crucial quisiera convertirse en un no-escritor. Esto lo sabremos cerca del final, aunque es una ilusión que organiza el relato. No la ilusión de escribir mal (ese sueño imposible de las vanguardias), sino la ilusión de que la historia se disuelva en su imposibilidad, o peor, en su inutilidad. Al final, no escribir y resignarse a una vida absurda podría venir a ser lo mismo que escribir y no resignarse a nada.

El escritor está visitando una ciudad del Sur, y decide recorrer su parque más emblemático. La caminata, el paseo, ocupa casi todo el libro. Allí encontrará elementos en los que descubrirá vínculos con su propio pasado, su condición, su identidad. La descripción de la naturaleza acotada entusiasma a este discreto viajero, que ve en el parque medio abandonado (incluyendo las barcas con forma de cisne, las aves cautivas, los peces y tortugas) señales de su propia condición incompleta, una prueba cósmica de que cualquier autenticidad es imposible.

Allí donde el narrador (cuyos dos mundos parecen confundirse tanto como en ocasiones se mezclan en el libro el estilo ensayístico con el narrativo) vacila y duda sobre lo que está narrando, o bien se pregunta cómo hacerlo, Chejfec, en el fondo, no se lo pregunta jamás. Es más, está entre quienes dominan con mayor maestría tanto el arte de la digresión como el de la narración en la literatura actual. Ante Chejfec, en una primera impresión recordamos a muchos autores admirados, y en un segundo momento –más sólido y perdurable en el tiempo– advertimos *que no se parece a nadie* y que ha elegido un camino insólito, único, muy diferenciado, que tarda en distinguirse a causa de las exigentes y muy personales búsquedas que el propio autor realiza en su narrativa.

Me hacen recordar las páginas de este libro que me he ido encontrando, a lo

largo del camino de la vida, con algún que otro novelista inteligente y que ha sido todo siempre muy curioso, pues en cuanto he dado con uno de ellos he terminado oyendo decir de él que era una lástima que no fueran adaptables al cine sus obras. Seguramente, esta casta de escritores –Chejfec parece uno de ellos– pertenecen a un tipo, todavía hoy muy singular, que debió comenzar a existir allá por los tiempos en los que Marcel Proust mostró su desprecio por una novelística reducida a un *desfile cinematográfico de las cosas*. Siempre he pensado que esa suerte de desfiles, aparte de ser simplonas traducciones de la vida interior del narrador, operaban perniciosamente, actuaban como impedimento para que pudiéramos hundirnos en el fragmento de una historia –o en el detalle de un fragmento de esa historia– y dedicarnos por fin a la deriva feliz que podríamos hallar; por ejemplo, en el análisis a fondo de la condición de relato de un relato –nuestro propio mundo, sin ir más lejos– desprovisto en realidad por completo –para qué engañarnos– de sentido.

Sugiero tímidamente incluir a Chejfec dentro del grupo de los novelistas que de un tiempo a esta parte vienen esforzándose –dentro de la línea más noble de la literatura en lengua española, más concretamente del sur de América, aunque Chejfec, al que hay que si-

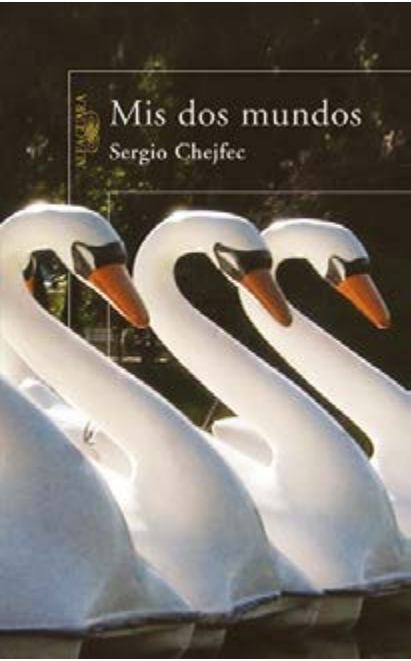
tuar en Nueva York actualmente, tiene todo el aire de ser el rey de las prosas apátridas– por traducir su vida interior a una especie de *pensamiento narrado* que escapa con inteligencia ensayística de la corriente de aire limitado de los grandes novelistas con tendencia obtusa al *desfile cinematográfico de las cosas*.

Y de paso sugiero que pensemos *Mis dos mundos* como una narración que intenta tanto transmitir una experiencia de percepción como mostrar, con ficticia indolencia, hasta qué punto un escritor bien dotado mentalmente puede concederle vacaciones a un lector y permitirle a este ver de pronto potenciadas todas sus posibilidades de alegría al descubrir que se ha aventurado en un libro que parece creer a fondo que en arte y, especialmente en literatura, cuentan únicamente los que se lanzan hacia lo desconocido. Porque no se descubre tierra nueva sin acceder a perder de vista, primeramente, y por largo tiempo, toda costa.

Preferiría no hacerlo, pero si tuviera que adscribir a este libro en algún apartado concreto de la literatura contemporánea, lo situaría en la vertiente más viva y más precisamente contemporánea de esa misma literatura. Situaría *Mis dos mundos* entre esas *raras avis* de la narrativa actual, entre esos libros que aún son capaces de abrir nuevos caminos a la azarosa trayectoria de la his-



SERGIO CHEJFEC / ©VASCO SZINETAR



toria de la novela moderna. Sus referentes pueden ser autores europeos, pero también cierta narrativa *latinoamericana* –digamos que ampliamente despierta y cerebral– que no se ajusta del todo al *latinoamericanismo* literario en boga. Y es que Chejfec, en *Mis dos mundos*, se alinea con los escritores que no temen la alta mar y saben congeniar con una clase de lectores que llevan seguramente tiempo queriendo abandonarse a sí mismos en territorios inestables, per-

derse por los territorios dramáticos de lo accesorio, de lo que parece no tener importancia, de lo que “generalmente no se anota, lo que se nota, lo que no tiene importancia, lo que pasa cuando no pasa nada, salvo tiempo, gente, autos y nubes”, que diría Georges Perec.

En este sentido, o quizás en otro –que de así constancia de mi absurda voluntad, tal vez completamente inútil, de neutralidad respecto a esta novela que admiro tan especialmente–, *Mis dos mundos* me sigue pareciendo, meses después de haberla leído por primera vez, el paseo más completo que hasta el día de hoy he podido hacer por la siempre incompleta geografía de los territorios dramáticos de lo accesorio, por la solitaria geografía de nuestras fisuras, por la honda geografía de esos huecos que suelen ser precisamente puertas que dan a lo desconocido, a sitios olvidados que disparan nuestra imaginación y también nuestras derivas y hasta disparan la celebración de fiestas de cumpleaños que a veces –en esas raras ocasiones en las que cae la tarde de un modo distinto– no exigen que haya previamente ni tan siquiera un tiempo vivido. Basta con el crepúsculo. ☾

*Prólogo a la traducción norteamericana de *Mis dos mundos* (*My Two Worlds*, de Sergio Chejfec. Open Letter. New York 2011).

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

“Él, sin pose alguna, actuando como un caballero, dispuesto a escuchar, observando el entorno al igual que un curioso extraterrestre venido de una lejana galaxia: desayunos rituales en el mercado de Mérida, conversaciones animadas con un buen vino, algún paseo por el parque Albarregas –Sergio alerta a los sutiles cambios en las formas y colores del aire, atento a las huellas dejadas en el viento por algún ave fugaz–, presentaciones de libros: en El Buscón hablé de su novela *Baroni, un viaje*. Sigo creyendo lo que dije en aquella oportunidad: considero esta obra como la mejor novela sobre la venezolanidad publicada en lo que va de siglo”

EDNODIO QUINTERO

a Graciela Montaldo

I
“...Algo había fallado en mí, ya que cuando debí elegir una vida para el futuro ninguna me convenció. Desde un temprano momento me he sentido inepto para albergar cualquier entusiasmo; incapaz de creer en casi nada, o en nada directamente; decepcionado de la política con anticipación; incrédulo ante la cultura juvenilista pese a ser entonces joven; espectador ocioso de la carrera colectiva hacia el dinero y el llamado éxito material; reticente frente a las bondades de la conducta caritativa o de la autosuperación; ajeno a los beneficios de procrear y a las posibilidades de continuidad biológica; ajeno también a la idea de estar pendiente de los deportes o de alguna variante del espectáculo; incapaz de entusiasmar me ante alguna impracticable vocación profesional o científica; inepto para las artes y las artesanías; también para el trabajo físico o manual; también para el intelectual; inútil en síntesis para el trabajo en general; imposibilitado de soñar; descreído de cualquier opción religiosa pero anhelante de pasar por la primera experiencia de este tipo; demasiado tímido e incompetente para una entusiasta vida sexual; en fin, carente de todo esto no me quedó más opción que caminar, lo más parecido a la mente disponible y en blanco”.

Cito in extenso este revelador párrafo de *Mis dos mundos*, novela de Sergio Chejfec (Buenos Aires, 1956 – New York, 2022), pues considero que ahí se encuentra lo esencial de la vida



LEO FELIPE CAMPOS, EDNODIO QUINTERO, MARC CAELLAS, HORACIO ELIZONDO, SERGIO CHEJFEC Y JESÚS ERNESTO PARRA / CORTESÍA EDNODIO QUINTERO

Un viaje

y obra de este “raro”, excepcional y extraordinario autor a quien tuve la inmensa fortuna de conocer y leer. E intentaré hacer una mínima aproximación desde el afecto, la amistad y las múltiples lecturas que he podido frecuentar, a la persona y a una obra inagotable sobre la cual es necesario y saludable volver una y otra vez.

II
Sergio Chejfec a sus treinta y cuatro años y su joven esposa Graciela Montaldo llegaron a Caracas en 1990. Al año siguiente, Graciela, que se desempeñaba como docente en la USB, comenzó a impartir un curso de postgrado en la ULA. Viajaba a Mérida los fines de semana y tuvo como alumno estrella a un inquieto y prodigioso lector: Diómedes Cordero. De ahí surgió una amistad que enseguida nos posibilitó conocer a Sergio. Quizá el primer recuerdo que conservo de él fue la revelación de la obra de un autor argentino, desconocido para la época: César Aira. Con su característico desprendimiento, Sergio nos regaló un pequeño volumen de su amigo y paisano, con un título doble: *El vestido rosa. Las ovejas*, que contenía un cuento y una novela: un primer acercamiento a un autor que muy pronto sería referencia ineludible a la hora de cualquier balance de la literatura latinoamericana. También Chejfec nos regaló su primer libro, editado en Argentina, *Lenta biografía*, en el que se remonta a sus recuerdos primigenios y a la conciencia de sus orígenes judíos. Desde entonces Aira y Chejfec llegaron para quedarse en nuestro imaginario de lectores. En la II Bial de Literatura “Mariano Picón Salas” de 1993, ambos participaron con sendas ars narrativas de una factura impecable.

En lo personal debo apreciar el trato amable, un tanto discreto, descreído y risueño que mantuvimos siempre Sergio y yo. Él, sin pose alguna, actuando como un caballero, dispuesto a escuchar, observando el entorno al igual que un curioso extraterrestre venido de una lejana galaxia: desayu-

nos rituales en el mercado de Mérida, conversaciones animadas con un buen vino, algún paseo por el parque Albarregas –Sergio alerta a los sutiles cambios en las formas y colores del aire, atento a las huellas dejadas en el viento por algún ave fugaz–, presentaciones de libros: en El Buscón hablé de su novela *Baroni, un viaje*. Sigo creyendo lo que dije en aquella oportunidad: considero esta obra como la mejor novela sobre la venezolanidad publicada en lo que va de siglo. Lo que me hace recordar las novelas de Henry James, y sin ir muy lejos *Los restos del día* de Kazuo Ishiguro. Volviendo al plano de la amistad: en una ocasión fui huésped durante una semana de Graciela y Sergio en su apartamento de Sebuacán, vecino de su gran amiga Victoria de Stefano. Sergio nos acompañó a la mayoría de las bienales de Mérida, y aun cuando se había ido a vivir a New York en 2005, estuvo con nosotros en julio de 2009 en la VIII Bial. Fue la última vez que lo vi en persona y tuve la suerte de hacerle una serie de retratos que conservo como verdaderos tesoros.

A través de la estrecha relación, la de Diómedes y la mía, con Olga y Paco, editores de Candaya, Sergio Chejfec se convirtió en uno de los autores bandera de aquella naciente editorial. Lo demás es historia. El tiempo, “ese verdugo”, según la definición de Samuel Beckett, fue pasando. En diciembre del año pasado, Diómedes y su esposa Mery López cenaron en New York en casa de Sergio y Graciela. Sergio se tomó unos minutos para enviarme un ejemplar dedicado de *La experiencia dramática* reeditado hacia poco en Chile. La noticia de su prematura y sorpresiva muerte el sábado 2 de abril me cayó como un balde de agua fría, me cayó como un hachazo en el cráneo.

III
Si hubiera que elegir entre la amplia obra de Chejfec un libro que lo definiera a cabalidad me inclinaría por *Mis dos mundos*, en particular por una escena cumbre hacia el final de

la narración. Un escritor, me atrevo a decir que el mismo Chejfec, aunque obviaremos el tema de la autoficción, es invitado a la Feria del Libro en una ciudad del sur de Brasil, y emplea su tiempo libre para pasear por un gigantesco parque, una especie de fractal de la Amazonia. El paseante, de una sensibilidad aguda, atento al mínimo detalle, con la obsesión de un científico loco extraviado en un laberinto mental, establece con el entorno relaciones al parecer abstractas asociadas con el tiempo y la memoria. Hacia el final, en una escena de verdad conmovedora: ensoñación diurna, quizá epifanía, lo vemos perorando delante de un auditorio de peces (carpas) y tortugas que lo escuchan con atención y admiración, fascinados por aquel ser humano que, sin palabras, ha establecido con ellos una comunión: si me apuran, la calificaría de metafísica.

IV
Escritor de culto, en los últimos años Sergio Chejfec ha logrado llamar la

“
Desde entonces Aira y Chejfec llegaron para quedarse en nuestro imaginario de lectores”

atención de lectores jóvenes y curiosos que han encontrado en ese “estilo” y en esa prosa y en esa manera distante de observar las personas y las cosas un nuevo espacio para la ficción, un lugar donde el mundo real y el de las ideas pueden coincidir. La escritura de Chejfec –pues de eso se trata, de una escritura única, personal e inimitable– ha recibido elogios regios de grandes escritores. Me limitaré solo al entusiasmo e incluso admiración suscitado en Enrique Vila-Matas: “Chejfec es alguien inteligente a quien no le cuadra bien la palabra novelista, porque él más bien crea artefactos, narraciones, libros, pensamiento narrado antes que novelas”. Llegados a este punto, los invito a leer en la web de Vila-Matas el prólogo a la edición en inglés de *Mis dos mundos*.

V
De la estirpe de Robert Walser y W. G. Sebald, lector de Samuel Beckett y admirador de Kafka –cuando me enteré que un joven Sergio en su empeño de adentrarse en el mundo de la escritura copiaba en un cuaderno los cuentos de Kafka, me pregunté por qué aquel procedimiento no se me había ocurrido también a mí–, Chejfec, a lo largo de más de veinte libros, en su mayoría novelas –aunque el tema de géneros daría para una extensa e inútil discusión–, con la tenacidad de un minero, la paciencia de un budista zen y el detallismo de un joyero logró construir una obra singular, me atrevería a afirmar que basada exclusivamente en principios literarios, vale decir despojada de las retóricas al uso, sin concesión a los temas de moda, ajena a los reclamos del mercado. En su brillante ars narrativa, “Desorden”, presentada en la Bial de Mérida de 1993 lo expresa con meridiana claridad: “Quisiera reiterar la profunda calidad insidiosa de la narración: apunta, por su desarrollo entrópico, hacia múltiples sentidos y en este sentido asignarle la mera tarea de contar resulta superfluo”. Que concluye de manera magistral formulándose una pregunta: “¿Qué estamos haciendo acá, en la tierra, después de todo?” Estar sobre este jodido planeta de los simios, esta tierra de nadie, e intentar hallar mediante el uso deliberado del lenguaje aunque sea un atisbo de respuesta: esa fue la tarea que se propuso el gran Sergio Chejfec, y la cumplió con creces, a cabalidad. ●

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

Chejfec, o el filtro de la percepción

"Cada tanto, en París, les daba vueltas a los anaqueles de literatura argentina de la Biblioteca Pública de Información del Centro Pompidou a ver si ese tal Sergio Chejfec que en la Alianza Francesa de Chacaito me había dicho que 'venía de la literatura' había ido a Saint Nazaire o apenas era un espectro. Sí había ido y no era un espectro. Tanto así que de esa residencia de escritor —que, supongo, habrá durado solo algunas semanas— le salió un relato titulado *Cinco*, ambientado en el puerto de La Guaira, una ciudad de costa traslúcida que pone de manifiesto la extraña inspiración que Venezuela siempre le suscitó. El libro estaba en los anaqueles, y su existencia me dejó maravillado"

LEOPOLDO TABLANTE

A Sergio Chejfec lo conocí por casualidad en la Alianza Francesa de Chacaito, en Caracas, en julio o agosto de 1994. Él estaba por irse a una residencia de escritor en Saint Nazaire y yo estaba por irme a vivir como estudiante a París. Era un tipo que contrastaba frente a todos los demás participantes de aquel curso intensivo de lengua extranjera. Era puntual al límite de su propio desconcierto. El rigor del racionalismo francés nunca fue suficiente para que la clase comenzara a su hora oficial: ocho de la mañana. Y, a menudo, Sergio caminaba por el pasillo del segundo piso de la Alianza Francesa caraqueña con una sonrisa de frustración en la cara. Una sonrisa, sí. A Sergio nunca le vi exhibiendo mayores transparencias y mucho menos sucumbiendo a grandes efusiones.

Teníamos una profesora que decía llamarse Helena (¿o Hélène?), hija de madre francesa y fortuito padre venezolano. Aparentemente, la pareja la había engendrado a bordo de un barco a finales de los años sesenta o comienzos de los setenta. Era entonces una chica joven que vivía temporalmente en Caracas con su esposo y su hijo. Estaba obnubilada con el sol y los resbalones del trópico, que la inspiraban a aprovechar los segmentos conversacionales de nuestra clase para referir, en un francés demasiado rápido para los aprendices, el desliz erótico de sus padres —del que ella era la prueba fehaciente— y sus propias revelaciones sensuales en la costa del estado Aragua. Sergio sonreía. Y se quejaba, sí, un poco, pero en sordina. Sergio era ya entonces el editor de la revista *Nueva Sociedad* y había pactado con sus jefes alemanes de la Friedrich Ebert Stiftung un permiso para ir a estudiar francés durante un par de meses en la mañana, entre ocho y doce del mediodía. Pero la noción del tiempo que reinaba en aquella Alianza Francesa de caraqueños lánguidos y maestra decidida a descubrir su venezolanidad perdida contrastaba con los horarios y las expectativas de Sergio, que además acarreaba en Caracas la disciplina asquenazi de su ascendencia polaca.

No sé por qué Sergio y yo hicimos buenas migas. Yo no contrastaba demasiado con el laxismo ambiente. Lo cierto es que, durante un receso de media mañana, rondamos juntos una exposición de fotografía en la planta baja de la Alianza Francesa. Allí conversamos un poco. Yo le conté el porqué de mi interés en aprender francés y las aventuras imberbes de mis correrías periodísticas. El me oía con distancia crítica, su manera, y con inusitada cordialidad. Así como era intelectualmente melifluo, la cortesía de Sergio se apoyaba en un profundo interés por

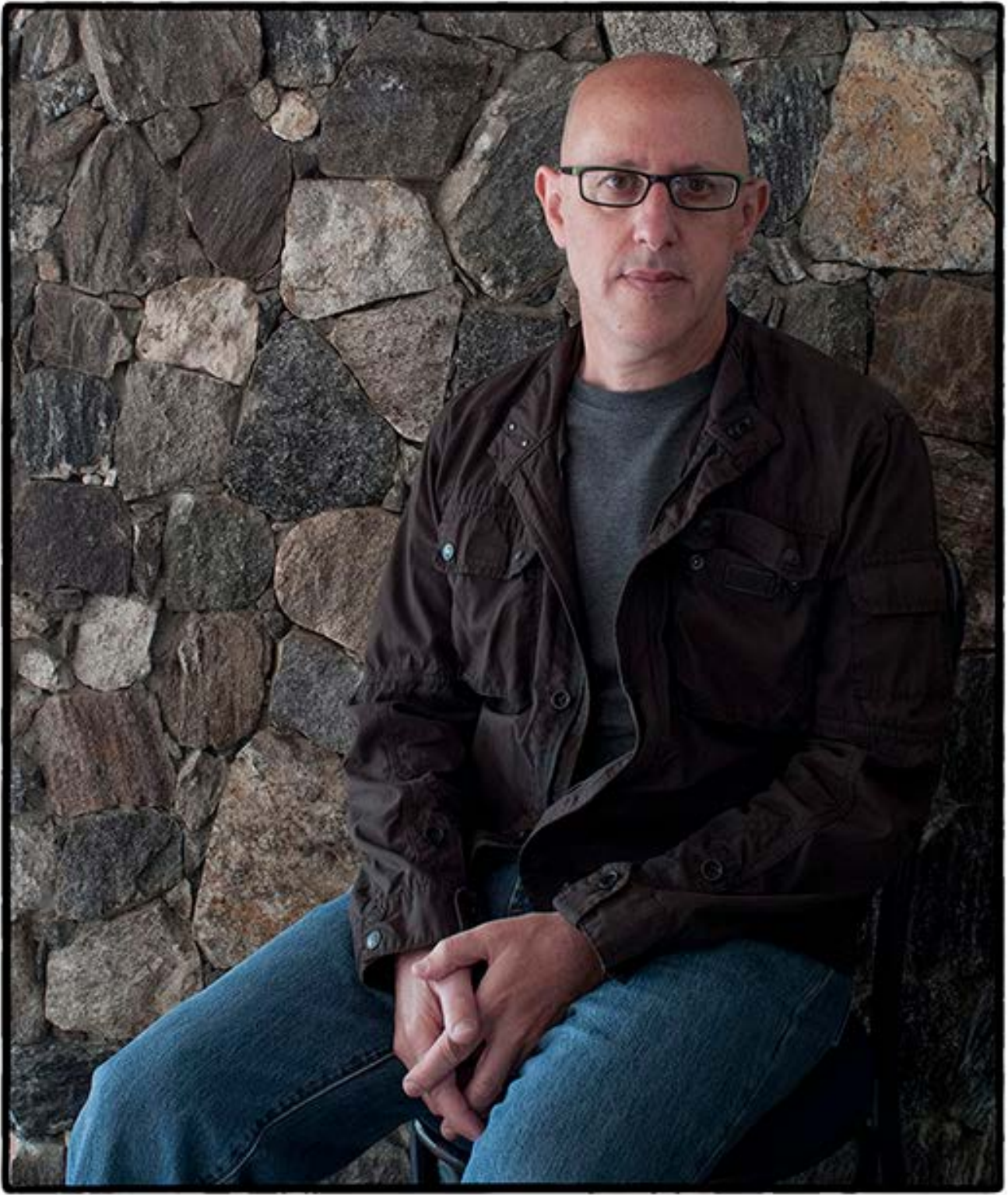
su interlocutor. Era una persona curiosa que gustaba de experimentar la diferencia, por lejana o incomprensible que le pareciera. De ahí su interés por Rafaela Baroni, a pesar del océano de diferencia que la separaba del escritor argentino que inmortalizó en relato sus viajes espirituales.

Después me fui, o nos fuimos, aunque el nombre de Sergio siempre rondaba entre editores y gente de letra impresa, que es el área de la vida a la que siempre acabo volviendo.

Cada tanto, en París, les daba vueltas a los anaqueles de literatura argentina de la Biblioteca Pública de Información del Centro Pompidou a ver si ese tal Sergio Chejfec que en la Alianza Francesa de Chacaito me había dicho que “venía de la literatura” había ido a Saint Nazaire o apenas era un espectro. Sí había ido y no era un espectro. Tanto así que de esa residencia de escritor —que, supongo, habrá durado solo algunas semanas— le salió un relato titulado *Cinco*, ambientado en el puerto de La Guaira, una ciudad de costa traslúcida que pone de manifiesto la extraña inspiración que Venezuela siempre le suscitó. El libro estaba en los anaqueles, y su existencia me dejó maravillado. Sergio decía que Venezuela era un país idóneo para escribir porque no existía la interferencia de un círculo literario consolidado ni una crítica consistente. Creo que lo percibía como una especie de realidad, esmerilada y paralela, en la que él estaba convenientemente fuera de lugar, el sitio ideal para crear.

Cuando volví a Caracas luego de mi campaña francesa, volví a tener contacto con Sergio. Esta vez fui yo quien lo buscó para entregarle un par de números de una revista de investigación en comunicación que edité en la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas entre 2002 y 2006, *Temas de comunicación*. Como yo soy uno de esos a los que les gusta pasar sin anunciar, le dejé un paquete con las revistas en la recepción de editorial *Nueva Sociedad*, instalada en un edificio frente a la plaza de La Castellana, pero a punto entonces de cerrar oficina en Caracas para huir del chavismo e instalarse en Buenos Aires. Enseguida, enfilé, entre el calor natural caraqueño y un Volkswagen escarabajo mexicano sin aire acondicionado, a mi cubículo de Montalbán. Pocos días más tarde recibí un correo electrónico de Sergio en el que me proponía pasar a visitarlo.

Esa mañana tratamos de comentar un libro de relatos de Cesare Pavese del que yo andaba muy prendado por entonces. Pero la verdad es que Sergio hablaba más de su percepción del entorno que de ilustración literaria. Las cosas habían cambiado, para él y para mí, en el curso de los últimos diez años. Él había publicado seis novelas, desde aquella *Cinco* que yo había descubrier-



SERGIO CHEJFEC / ©VASCO SZINETAR

punto de referencia literario continental. Aunque a él, francamente, las emociones del ego lo traían perfectamente sin cuidado. En cambio, se interesaba por las percepciones ajenas, por las generalizaciones o por los detalles casi insignificantes. Descubrí que su literatura era en realidad un ejercicio de presencia cuando leí, algunos años más tarde, su novela *Mis dos mundos*, que en su momento me pareció un texto sobre la percepción del espacio y su representación lingüística. “A ver si nos juntamos a comer o algo así, pero no uno de esos almuerzos de dos horas de aquí. Yo no puedo con eso”, me dijo al final de nuestro encuentro.

Nuestra amistad quedó suspendida en la esperanza de ese almuerzo que se materializó en cena seis o siete años más tarde, en su apartamento de Nueva York. Antes, yo mismo trabajé bajo sus órdenes editando artículos para un par de número de *Nueva Sociedad*

y un libro entero sobre seguridad ciudadana. Con su estilo entre confiado y desprendido, Sergio me instruyó en los detalles de consistencia editorial de *Nueva Sociedad* usando la pantalla de su computadora. Él, que se deslizaba por la vida sacándole el cuerpo al alto contraste, cambiaba a gris el fondo blanco por defecto de los documentos de Word. “Así el reflejo pega menos en los ojos”, me dijo, una práctica de editor precavido y astuto que yo mismo cultivo hasta hoy.

De esos meses, recuerdo a un Sergio sigiloso, dominado por un ágil sentido práctico dictado por la necesidad de dismantelar su vida caraqueña para mandar las cosas que se pudieran a Nueva York y expedirse él mismo en enero de 2005. Su esposa, Graciela Montaldo, había sido nombrada profesora en la universidad Columbia, y la pareja compartía un apartamento designado a docentes en un edificio aleda-

ño. Aparte de un rincón decorado con estatuillas de Rafaela Baroni, Graciela y Sergio conservaban en ese apartamento un sillón de cuero rojizo que había pertenecido a un célebre charcutero italiano-venezolano. “El señor Frisco”, me dijo Sergio con inesperada satisfacción. “Ahí en esa silla era donde se reclinaba a descansar”. Era un apartamento de entrada larga, a lo *Rosemary's Baby*, que conducía a una sala amplia, sin muchos objetos, conectada a una cocina que recuerdo abierta. Mi exesposa y yo llegamos con una tarta de manzanas y disfrutamos de una cena agradable y frugal donde, de nuevo, aparte de cierta marcada nostalgia por las panaderías caraqueñas, el tema central fue la percepción de un nuevo entorno. A Sergio le gustaban todos los lugares, decía, incluso Tulsa, Oklahoma (¿o era Wichita, Kansas?), que, a raíz de algún evento literario, recorrió a pie sin saber de dónde o adónde.

Me parece que entonces Sergio gozaba de cierto ocio que lo hacía prolífico y que fue aquilatando, casi distraídamente, su prestigio. Comenzaron las traducciones de sus libros al inglés y su actividad docente en New York University. Su prestigio continental se hizo ubicuo. Cuando trabajaba como profesor en el Departamento de Lenguas y Culturas de la Universidad Loyola de Nueva Orleans, yo mismo traté de organizar un evento literario con él. Pero Sergio prefería dirigirse a su audiencia en español y no en inglés porque no quería sacrificar “la fluidez”. Ese criterio prorrogó el evento hasta una próxima reencarnación.

Lo que recuerdo de mi amistad con Sergio coincide con el título que le dedicó a Rafaela Baroni: un viaje. Una especie de estela existencial que abarcó casi tres décadas de mudanzas y que me enseñó una de las cosas más útiles y que más trabajo me ha costado aprender: el tino de filtrar las certezas. ☞



MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

Imagen de Sergio Chejfec

DANIELA ALCÍVAR BELLOLIO

“Son pocos quienes lo saben y lo sabrán. Te cuento porque conozco tu relación especial con el Río de la Plata y Buenos Aires o Rosario, y para que agregues esto a tu lista imaginaria de vericuetos de la añoranza”.

Este es un fragmento de una carta que me escribió Sergio hace un par de años. La confidencia me la guardo, porque guardarle un secreto a Chejfec ahora me hace sentirlo cerca, aunque el secreto, por chejfequiano, sea leve y nada épico. De una verdad, como escribió en el prólogo de su novela *Cinco*, de un estatuto puramente sentimental. Durante diez años estudié su obra y ahí aprendí algo como la humildad, algo como la modestia en sentido extramoral. Luego tuve la suerte de que quisiera hacerse mi amigo y de coincidir con él en distintos momentos y lugares. La última vez fue en diciembre del año pasado, en Buenos Aires, en la cafetería de la librería Eterna Cadencia, donde me regaló sus dos últimos libros. Me dijo que estaba trabajando con una nueva novela. Me habló por largo rato de una escena de mi novela, *Siberia*, que le gustó especialmente, una en la que se narra el rescate de un perro llamado Gustavo. Yo lo escuchaba sin poder dejar de asombrarme de su generosidad inmensa, de su exterioridad con respecto a todo cálculo y de mi buena suerte. Y tuve la suerte también de recibir sus cartas (siempre tituladas “mensaje”), con confidencias anodinas, hechas para ramificar los vericuetos de la añoranza. Era cariñoso, generosísimo, abierto, sensible, cercano, discreto. Lo quise mucho. Nos hicimos amigos una tarde en Bogotá, en 2018. Yo me eché a llorar sin poder contenerme porque estaba por cumplirse un año del nacimiento de mi hijo y algo en nuestra charla me obligó a mencionarlo contra mis planes. Mi hijo llevaba casi un año de nacido y también de muerto. Él no lo sabía y no dijo una palabra, pero su compañía fue serena y firme, y desde entonces nunca dejamos de charlar. Sus personajes femeninos son de lo mejor que existe: verdaderos, complejos, dignos. Recuerdo a las mujeres que venden repasadores en *Mis dos mundos* para solventar la crisis económica: dignas, discretas en la precariedad. Y a la narradora protagonista de *El llamado de la especie*, esa viajera crónica que elabora la inconclusión de su amor por su vecina a través de la distancia y la migración. Y a Delia, la niña obrera, habitante de los umbrales, siempre al borde de la detención, soberanamente silenciosa, tragada por la boca del lobo junto a su hijo después de la violación del abyecto escritor-narrador de *Boca de lobo*. Y también a Rafaela Baroni, la artista venezolana talladora de santos, curandera y clarividente que interpreta dos veces al año su propia muerte. Pocas veces he encontrado en un narrador hombre la suma delicadeza, la discreción, una vez más, la modestia que caracterizan la escritura de Sergio Chejfec en general, y su escritura de personajes femeninos en particular. Algo de esa delicadeza y de esa sensibilidad eran visibles también en su modo de conversar, en los silencios que sabía guardar y que a veces establecía en medio de una charla, como pausas serenas en medio de una profusión de preguntas y observaciones que siempre hacían sentir a su interlocutor que de su parte existía un interés genuino, un auténtico cariño que conducía los encuentros.

De él –de su escritura– aprendí que hay que darle todo el espacio necesario a los vericuetos del pensamiento que se ramifica, y sigo aprendiendo lo que es una ética de escritura refractaria a las lógicas nefastas del mercaderío, de las modas, de las imposturas, de los dogmas y del poder. Fue un ensayista de otro mundo también: hacía suya, siempre, la máxima de Montaigne, la

“Fue un ensayista de otro mundo también: hacía suya, siempre, la máxima de Montaigne, la máxima ensayística por excelencia: ‘Voy inquiriendo e ignorando’. Chejfec sabía ignorar escribiendo, escribir la ignorancia convertida en curiosidad, no por las respuestas o los resultados, sino por el camino abstruso –palabra suya– del pensar, por las vías misteriosas e inesperadas que podía tomar el lenguaje cuando se disponía a extraviarse, a dejarse perder en la distracción, en la contemplación, en la exploración o en el naufragio del hilo argumentativo”



SERGIO CHEJFEC / ©EDNODIO QUINTERO

Kosmos

IGOR BARRETO

a la memoria
de Sergio Chejfec

No saben ustedes cómo los huesos que son apenas un ciento me duelen al contemplar la rotación de la tierra. Ese ovillo de cintas azules y verdosas envolviendo un núcleo cálido... brillante, mucho más que un cometa de hielo ferroso. Así es, pero este corazón mío hecho de barro ilumina menos que una luna menguante. Cruzan meteoritos como agujas pinchando la cuajada ennegrecida de nubes. Pero nada ocurre: son puntos de soledad anaranjados, similares al centelleo de un fósforo. Yo continué en el silencio de estas [contemplaciones. Conservo la paciencia de un pescador en su barca ante los incontables fulgores del seno de la Vía Láctea: ella es nuestra madre sentada en la sala de espera de este gran hospital que es el kosmos.

máxima ensayística por excelencia: “Voy inquiriendo e ignorando”. Chejfec sabía ignorar escribiendo, escribir la ignorancia convertida en curiosidad, no por las respuestas o los resultados, sino por el camino abstruso –palabra suya– del pensar, por las vías misteriosas e inesperadas que podía tomar el lenguaje cuando se disponía a extraviarse, a dejarse perder en la distracción, en la contemplación, en la exploración o en el naufragio del hilo argumentativo. En ese sentido, era siempre un ensayista, también cuando escribía novelas o relatos: las cosignas *à la mode* de lo híbrido, lo fragmentario y lo post-autónomo, Chejfec empezó a experimentarlas a su modo, es decir de forma discreta y modesta, en novelas tan raras como *Lenta biografía*, *Cinco* o *Los incompletos*, en las que cualquier delimitación rígida entre géneros queda obsoleta no porque esté transgredida sino porque desaparece como si nunca hubiera existido. En esos y tantos otros textos suyos, la transgresión no tiene cabida porque el objeto de la rebelión ha desaparecido hace ya tanto tiempo que es imposible recuperarlo, recuperar incluso cualquier rastro suyo. Como en su novela *Los planetas*, el olvido constituye un mapa de huellas que persisten en el espacio formando un impenetrable mapa de rastros y señales, pero aquello que les dio origen, aquello a lo que supuestamente deberían remitir, ha desaparecido irremediablemente. Quedan solo las emanaciones de esos objetos para siempre perdidos, viajando y afectando de modo azaroso a algunos cuerpos distraídos, algunos seres errantes, con su luminosidad diáfana y misteriosa.

Recuerdo ahora: con mi amigo Matías Piñeiro, inmenso cineasta argentino, a mediados del año pasado, frente al mar en Ayangue, una pequeña playa de la costa ecuatoriana, durante una mañana fría y nublada, conversábamos sobre las angustias que produ-

ce escribir o filmar hoy si uno pretende medirse según los parámetros del éxito y la visibilidad. Casi al mismo tiempo nos acordamos de Sergio, que era nuestro amigo en común. Qué alivio tan grande, qué paz la figura de Chejfec para descartar por tontas y fútiles esas angustias. Cuánto por aprender de él. En Chejfec la ausencia de aspavientos de cualquier tipo denotaba todo menos falta de compromiso. Su perfil bajo era una actitud política y ética que no requería ni admitía arrebatos invasivos ni moralizantes. ¿Cómo explicarlo? Era un modo de habitar el mundo y al mismo tiempo un punto de vista sobre el mundo. Se acercaba a quienes, por alguna razón, le interesaban, y esas razones jamás tenían que ver con el cálculo ni con el rédito personal o profesional. No le gustaba hablar de sí mismo, pero era un gran conversador. Sentía un pudor que podía convertirse en rechazo si se le hablaba sobre su obra, pero podía pasar largos ratos diseccionando una imagen o una escena de un escrito de su amigo o interlocutor. Es un hallazgo encontrar, hoy, a un escritor de esta estirpe: genuinamente movido por el desprendimiento y la generosidad, púdico sin imposturas, suave en el trato, pródigo en la conversación e inclinado siempre al encuentro circunstancial y a la confidencia como gesto: casi sin otro contenido que el deseo de proximidad.

“era siempre un ensayista, también cuando escribía novelas”

Me contó que había enfermado a inicios de marzo, porque debimos interrumpir los planes de su visita a Quito, que estaba programada y veníamos planeando para mediados de este año, y el día de su muerte dos amigos, Adriana Amante y Alberto Giordano, me llamaron desde Buenos Aires para contarme que había muerto. Como saben el enorme cariño que siento por Sergio y el modo tan feliz y natural en que nos fuimos haciendo amigos estos últimos años, no querían que me enterara de su muerte por redes sociales. Yo hacía apenas unos días me había enterado de que estoy embarazada. A pesar de que estoy segura de que la noticia lo hubiera alegrado, no quise contárselo hasta que no estuviera mejor. Tal vez ahora me arrepiento de esa decisión. Lo que sí me animé a contarle, unos diez días antes de su muerte, era que lo recordaba todo el tiempo y que cuando alguien me pregunta por mis escritores favoritos mi respuesta es esta tríada extraña y prodigiosa: Marlen Haushofer, Natalia Ginzburg y Sergio Chejfec. Supongo que, si leyó el mensaje, le habrá causado el consabido pudor, aun en sus circunstancias. Su sintaxis me abrió un mundo y su amistad alegró mucho estos últimos años. Aunque no me gustan los panegíricos porque siempre temo que sea yo misma la materia que predomine dejando en evidencia que son pocos, como Chejfec, quienes poseen el don de la discreción, hay que saber reconocer cuando esos miedos narcisistas deben dejar espacio a la expresión del cariño, del dolor de la pérdida, del absurdo que entraña siempre toda despedida, de la violencia estúpida de las cosas que deja las vidas y los encuentros por la mitad. Este era un tipo extraordinario de verdad, un ser infrecuente. Qué suerte tan grande haberlo conocido, y qué dolor tan enorme significa su ausencia. Nos visitó como un ser de otro planeta, que ahora ha vuelto a su recorrido estelar. Silenciosamente. ☾

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

Cómo narrar la perplejidad de estar vivo. Apuntes sobre una obra y una amistad

"¿Qué más encontrábamos sus primeros y entusiastas lectores en esa escritura que, libro a libro, iba distanciándose de sus posibles referentes para volverse inequívocamente *chejfequeana*?"

GUILLERMO SAAVEDRA

Es mejor decir “no olvido” que invocar el recuerdo.

Sergio Chejfec, *Los incompletos*

Conocí a Sergio Chejfec, el Polaco, como a muchos escritores y escritoras de mi generación, cuando comenzamos a hacer la revista *Babel* (1988), de la que fui director periodístico. Sergio se encargaba de comentar allí biografías, libros de memorias y epistolarios. Lo habíamos condenado amablemente a esas rutinas, casi como un chiste, por el título de su magnífica primera novela, *Lenta biografía*, que ya había escrito y publicó un par de años después. Pero, por supuesto, Sergio se tomó muy en serio la tarea y aprovechó para transformar cada lectura suya en función de esa responsabilidad como parte de su dieta: una metabolización personal de todo aquello que él entendía oportuno para alimentar su propia formación como escritor.

La época era propicia para la amistad, tramada en discusiones acaloradas e interminables. Teníamos el impulso propio de la edad y la última y entonces reciente dictadura militar nos había dejado sedientos de vida social, ávidos de un espacio donde las lecturas que hasta entonces habíamos hecho casi clandestinamente pudieran ser confrontadas con las de los otros, al tiempo que comenzábamos a intercambiar nuestros propios primeros escritos.

Como la oficina de *Babel* era, en sus comienzos, muy precaria, yo solía instalarme durante horas en una mesa del bar de la librería Gandhi, donde el Polaco trabajaba coordinando la programación del Foro Nueva Sociedad. Casi invariablemente, yo bajaba las escaleras que conducían a la oficina que él tenía en el subsuelo y nos entregábamos a largos intercambios de figuritas literarias con un afán juvenil por ostentar el álbum que cada uno había logrado completar. Sergio parecía, ya por entonces, muy seguro de lo que le interesaba de la escritura ajena y de lo que más le convenía a su propia narrativa, producto de una morosa y paciente asimilación.

Si en *Lenta biografía* pueden encontrarse aún ciertos ecos de la respiración de Thomas Bernhard y Juan José Saer, en *Moral*, y sobre todo en *El aire*, novela que tuve el honor de publicar cuando fui editor de Alfaguara, ya la entonación, los modos de encarar lo que se cuenta y sobre todo el uso de una lengua austera y precisa, extrañada a fuerza de desmalezarla de lugares comunes y procedimientos cristalizados, son inequívocamente propios. Quisiera decirlo mejor: una vez aparecidas su segunda y tercera novelas, la primera pudo volver a ser leída despojada de filiaciones que sin duda no necesitaba.

A esa altura, yo ya no podía discernir si me había hecho amigo de Sergio admirando su escritura, o si fue la creciente complicidad mutua la que me permitió entender aquello que había,

y persiste hasta hoy, en sus singulares narraciones. En todo caso, en ambas esferas, yo encontraba algo que con el tiempo se fue volviendo más evidente: el Polaco y su obra parecían implicarse mutuamente, conformando una suerte de cinta de Moebius inagotable. Leerlo era –y sigue siéndolo– casi como escucharlo tejer sus sigilosas e inesperadas asociaciones de ideas, enhebradas en frases solo aparentemente desprovistas de emotividad; porque esta acechaba siempre, agazapada detrás de una impasibilidad propia de alguien que había leído atentamente a Flaubert y a Joseph Roth, a Turgueniev y a William Morris, a Antonio Di Benedetto y a Juan José Saer. Con cara de póker, Sergio era capaz de esbozar en su charla, o en esa otra forma de la conversación que es su escritura, las ideas más inesperadas. Como si se dedicara a arrojar lo intolerable y lo inconcebible, lo impronunciable y lo indiscernible de la realidad íntima o social –esferas que aparecen sutilmente ligadas en sus libros– con las formas atenuadas, envolventes y nunca apodícticas de frasear su refinada imaginación, siempre en sordina.

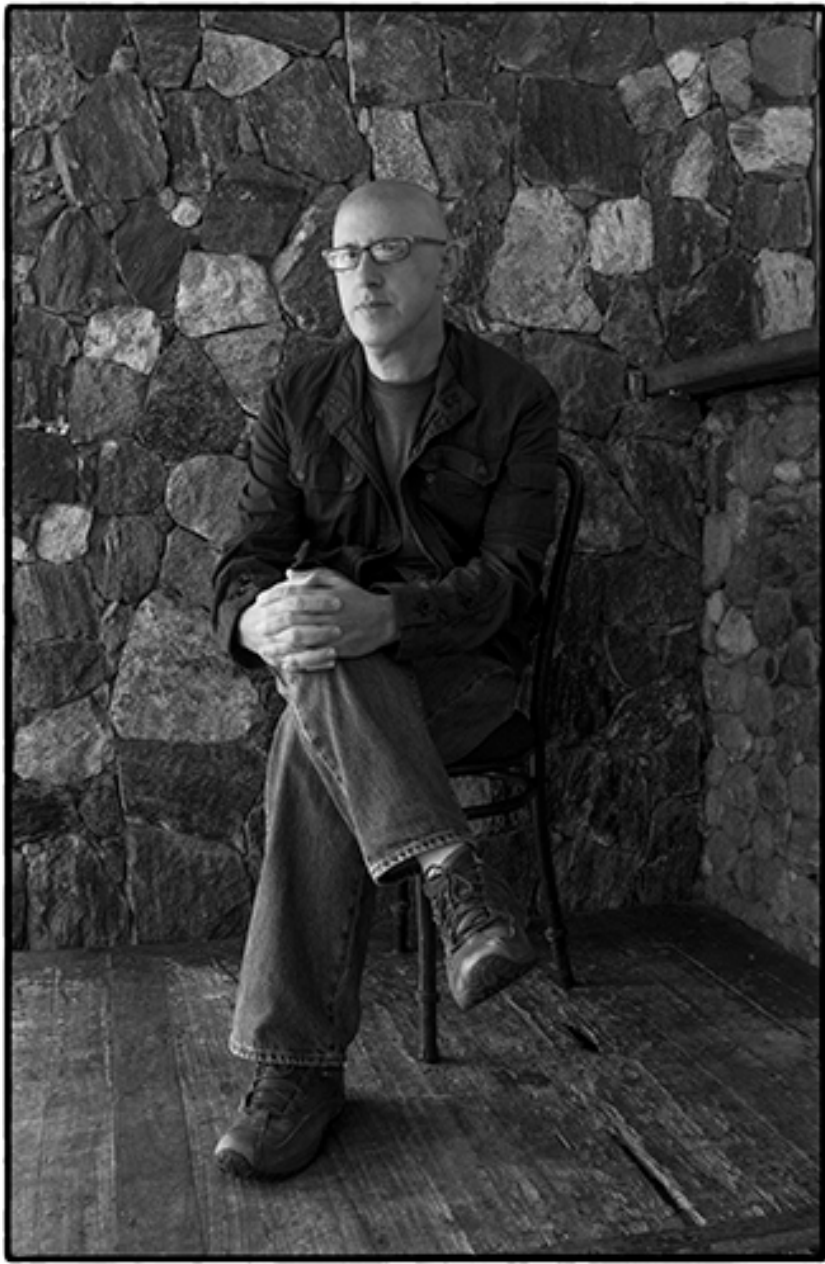
¿Qué más encontrábamos sus primeros y entusiastas lectores en esa escritura que, libro a libro, iba distanciándose de sus posibles referentes para volverse inequívocamente *chejfequeana*?

Yo diría que, ante todo, una forma inusual de la cautela, una circunspección rayana en la desnudez retórica, cualidades propias de alguien muy consciente de estar nadando en las aguas finales de un siglo que pulverizó las grandes certezas decimonónicas y –Freud, Joyce, Einstein y Beckett mediante– nos dejó en la intemperie de la incertidumbre, caminando a los tropiezos sobre las astillas de una improbable verdad unívoca.

Sergio hizo de esa comprobación un minucioso y, al mismo tiempo, saludablemente subjetivo ejercicio de la honestidad intelectual. Fiel, ante todo, a sí mismo, a lo que sus propias intuiciones, necesidades y apetencias le sugerían, y resignándose sin aspavientos a tener que vérselas con un instrumento resbaloso y evanescente como el lenguaje, comprendió como pocos que la narración es un fin en sí mismo. También que, como afirma César Aira, la narrativa es un conjunto de variaciones sobre el realismo. Pero que el psicologismo, la causalidad mecánica y el costumbrismo no son más que intentos de domesticar la irreductible opacidad del mundo y de las criaturas que, con mayor o menor inconsciencia, lo habitamos. Una opacidad que el ser humano tuvo la arrogancia de suponer un secreto a develar y que, en cambio, no deja de manifestarse como un indescifrable misterio.

Más que a contar historias, aunque nunca dejó de ofrecérmolas, la narrativa de Sergio se dedicó a desbrozar, con paciencia herbívora y minuciosidad de sastre, el carácter indecible de toda historia, su incomprobable veracidad y, a la vez, su irresistible necesidad. Una compulsión que bien podría ser su respuesta posible, precaria y por eso siempre pronta a ser reformulada, a la perplejidad de estar vivo.

Como una mancha de aceite expandiéndose y volviéndose cada vez más difusa sobre un mantel, las narraciones de Chejfec prosperan a partir de un estímulo o un disparador eventual, a veces tan azaroso o arbitrario como un retazo de sueño o un recuerdo espontáneo, para entregarse a una expansión, o a una deriva a la que la someten sus narradores, en muchos casos, verdaderos protagonistas de sus textos. Pero esa proliferación o deriva nunca es lineal, se realiza en los diversos planos implicados en el acto de narrar –la elección de un lenguaje y de un tono, la búsqueda de ciertos ritmos narrativos, la utilización de ciertos materiales anecdóticos y no



SERGIO CHEJFEC / ©VASCO SZINETAR

otros, etc.–, niveles que se van enlazando recíprocamente, en un proceso de extrañamiento solapado y progresivo que invita al lector a cambiar la velocidad de esa natación que siempre es la lectura y, en consecuencia, su respiración, hasta llevarlo a comprobar de pronto, con una mezcla de placer y estupor, que una corriente subrepticia y taimada ha ido alejándolo de la orilla, de esa playa confortable donde, hasta hacia poco, descansaba tranquilo, a la sombra de las certezas en flor.

En una entrevista que le hice para mi libro de conversaciones con narradores argentinos, *La curiosidad impertinente* (1993), Sergio pone de manifiesto la clara conciencia que ya por entonces él tenía de su trabajo como narrador. Ante mi pregunta, ingenuamente provocadora, acerca de si había o no una “moral narrativa” implícita en sus dos primeras novelas publicadas (*Lenta biografía* y *Moral*), Sergio respondió:

Me resulta difícil referirme a ideas literarias que funcionen como preceptos morales. Pero, si hay una moral en esas dos novelas, es efectivamente la de una literatura que se resiste a ser lineal, para llamarla de algún modo. Es decir, es una moral que tiende a incorporar al lector a esa experiencia de conocimiento tan especial que constituye la literatura; tratar de incorporar al lector a los mecanismos a través de los cuales el narrador mismo va palpando la imposibilidad de narrar de manera contundente, explícita y clara al mismo tiempo. Intentar imponerle al lector un modo de conocimiento sumamente horizontal y contemporáneo al de la narración. Esa simultaneidad entre la voz y la lectura está construida como flotando en el tiempo, sin ningún tipo de referencialidad evidente.

Y, así como en el plano de lo que podríamos llamar los contenidos la escritura de Sergio es reacia a toda complacencia con su lector, tampoco desde el punto de vista de su configuración sonora hace demasiadas concesiones a lo que pudiera entenderse como *eufonía de la prosa*. Sus narraciones son, en ese sentido, bastante poco amables con cualquier forma de tonalidad discursiva predeterminada por el gusto, la costumbre, la moda o el sentido común. Quizá porque van encontrando su mo-

do de escansión a medida que se despliegan y crecen, obedeciendo más a la música de las ideas que las vertebran que a una sonoridad a priori, prefiguración que, desde el riguroso sentido de la objetividad del Polaco como narrador, no habría hecho más que empobrecer o distorsionar los acordes más genuinos, y seguramente menos complacientes, de aquello que le era posible y pertinente decir, en cada caso.

Poeta de las ideas y de los sentidos inconcluyentes antes que del casca-beleo encantatorio de las palabras, Sergio da prueba de ello en un libro donde alcanza la poesía por un análogo sendero de despojos y austeridades: *Gallos y huesos* se llama ese libro.

Publicado en 2003, hace gala, entre otras cosas, de la ineludible discrecionalidad de quien busca, en la escritura, imprimir su huella personal sobre la aparente neutralidad de la lengua. Quizá sea más fácil, para quien no conozca la obra de Chejfec, acercarse a ella por esta ventana, este atajo lateral y en cierto modo atípico dentro de su producción.

Como el cromosoma de una célula alejada de los órganos principales que confieren fisonomía, carácter e identidad, este libro da cuenta de su condición *chejfequeana* a partir de mínimas coincidencias gestuales, por así decirlo, con su obra narrativa. Se trata de dos poemas en inesperados versos medidos que refieren –si es que puede hablarse de referencias en poesía–, en un caso, a un producto cultural, humano: la abstracción y reducción del paisaje constituida por un “Mapa”; y, en el otro, bastante más extenso, se trata de algo tan modesto como el gallo doméstico y sus restos, los huesos, cuando estos, después de comido el animal, se ofrecen con su despojada matidez a la mirada de quien escribe y los observa, sin grandilocuencia, más bien con ironía, como un osario en miniatura. A partir de esa acotada realidad, la voz poética se permite reflexiones que, lejos de todo lirismo, parecen insinuar que en esos pollos/gallos y sus restos está contenida, metonímicamente, toda la grande-

za y toda la miseria del mundo, su falta de sentido y de propósito. Lejos de provocar angustia, esa constatación –propia de un Joaquín Giannuzzi (poeta argentino acerca del cual Sergio escribió un notable ensayo), aunque algo más elíptica– produce cierto alivio, no sabemos si como consecuencia de renunciar a cualquier expectativa de trascendencia, o por efecto del verso sometido a la mensura, en oscilaciones que van del pentasílabo al endecasílabo.

Secos y opacos, pero poblados de resonancias que demoran en hacerse presentes en nuestra imaginación, los versos de *Gallos y huesos* contienen lo esencial de la poética de Sergio. Una obra hecha de discreción y digresiones, de desplazamientos e ironías que van llevando nuestra atención desde lo aparentemente obvio hasta aquello que, de manera inesperada, se vuelve extraño y ajeno.

Alejada de una referencialidad obvia pero no por ello desentendida de la realidad histórica que le tocó vivir, la obra narrativa de Sergio tuvo la precaución de tramar el fragor de la historia con los susurros anecdóticos con que se hacen oír en sus libros, íntimamente, sus personajes. Así, cuestiones tan arduas como la identidad judía, la crisis socioeconómica de 2001 en la Argentina, la represión ilegal de la última dictadura cívico militar de este país, el exilio obligado y la pauperización súbita de los sectores medios en América Latina son evocadas a partir de las circunstancias en apariencia mínimas de seres excéntricos, marginales, para quienes el mundo y sus ceremonias cotidianas nunca son algo dado sino un oscuro problema que compromete y perturba todo su ser. En este sentido, la narrativa del Polaco bien podría leerse teniendo presente el célebre aforismo que Caetano Veloso acuñó en su conocida canción “Vaca profana”: “De cerca, nadie es normal”.

En otro tramo de la entrevista que mantuvimos en 1993, Sergio confirmaba su lúcida comprensión del lugar que había elegido para ejercer su oficio narrativo con estas palabras inmejorables:

Un escritor, como cualquier persona, posee una capacidad limitada de intuición, talento y sensibilidad; el secreto no reside en ampliarla, sino en tornarla funcional. Cuando el escritor convierte su entendimiento limitado en aptitud selectiva, encuentra su estilo. En ese camino de perfección, más allá del probable fracaso concreto y real, resultan decisivos los libros afines, que aparentan ofrecer el desvío como promesa del atajo (hacia aquello que nos hubiera llevado años y años encontrar). Sin embargo, allí puede esconderse también el error, o sea confundir el camino con la meta. Saer y Di Benedetto son los dos argentinos que más logradamente han escrito sobre La Gran Trinidad (según el Tomatis de *Lo imborrable*): el entrelazamiento fluido de percepción, acontecer y recuerdo que nos deposita a cada instante en el mundo como naufragos; allí radica la razón de ser de la literatura”.

Ajeno a todo énfasis, fácil para el sonrojo y esgrimiendo siempre de modo solapado su calidez y su hospitalidad, el Polaco podía llegar a frustrar a veces la tan portea efusividad *alla italiana* a la hora de expresar el afecto. Pero esa era otra de sus enseñanzas, no buscadas pero inexorables: había otro modo de ser argentino que el Polaco tejió sin solución de continuidad entre sus libros y sus maneras de ser en el mundo. Un mundo que ahora acaba de dejar inesperadamente, sumiéndonos a todos en un estupor tan impronunciable como ese idioma parecido a la masticación al que se refiere, una y otra vez, con laboriosa recurrencia, en su primera y espléndida novela. ●

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)

El poder mnemónico de los pies

“Sergio, en la cabeza de la mesa, dejaba que arribáramos a conclusiones a través del silencio, de las pausas. Luego intervenía y conversaba en oraciones breves”

HUÁSCAR ROBLES

A escribir caminando. Eso aprendí de Sergio. Los personajes que dibujaba transitaban por espacios citadinos tropezándose en el camino con su historia, destilando los sabores, sin sabores y, sobre todo, las pausas.

No me sorprende que Sergio, como ser y escritor, viviera en las pausas. La clase de escritura podía desmoronarse y, mira que el ego de los alumnos gritaba, y Sergio permanecía inerte. Así nos conocimos. Fui su alumno. Una tarde de septiembre luego de mi trabajo en construcción, me desplomé en el pupitre y, en su clase de no ficción, la reyerta que se suscitó me dejó boquiabierto. Fue mi primera interacción con autores. No estaba listo para aquel partido de esgrima. Sergio, en la cabeza de la mesa, dejaba que arribáramos a conclusiones a través del silencio, de las pausas. Luego intervenía y conversaba en oraciones breves. En el mar de comentarios y quejas lo veía como una constante que a la vez era espejo en el cual mirarnos.

Recuerdo su encomienda al evaluarme: “suéltate”, que fluyera a través de mis escritos confiando en que algo dentro de mí me guiara. Y en eso yace la sabiduría de las pausas: al eliminar la duda de los pensamientos, al detenernos, nos entregamos a una brújula interna que nos conduce por la vida y por las páginas.

Me puso en las manos a Fernández Mallo, Smithson, Sebald. El denominador común de aquellos textos eran personajes que deambulaban por espacios –bares, vidas, vericuetos – pen-

sando y –sobre todo– pausando. En *Los anillos de Saturno*, Sebald viaja desde la celda de un hospital psiquiátrico en Norwich, Inglaterra a través de memorias del pasado y meditaciones inesperadas sobre arte, arquitectura y biología. En un monologo hermoso, el narrador transita espacios físicos y síquicos en los cuales pausa y se evalúa o tan solo se asombra del camino mismo que han recorrido él y la humanidad. [Nota personal: Sergio sabía que yo amaba la fotografía y Sebald la incluía en sus textos como pausas visuales. Por ejemplo, en *Los anillos de Saturno*, incluye una foto de casetas de campaña en la playa de Lowestoft. Lo que pudiese ser una insípida imagen se transforma en el intelecto de Sebald. Imagina que son nómadas de una civilización antigua que han hallado en la orilla el lugar perfecto donde presenciar el más hermoso de los milagros. En efecto, son pescadores del vecindario, pero la brújula interna del autor le permite

añadir otro barniz a los ojos e idear otra dimensión].

Otro que pausa en las imágenes es Agustín Fernández Mallo. En *Mutaciones*, el autor rehace el recorrido que hizo el artista Robert Smithson por Passaic, Nueva Jersey pero virtualmente a través de Google Maps. Es verano y desde su cuarto en Nueva York, con calor y escuchando la algarabía de los puertorriqueños, el autor transita por el mapa digital hasta pausar en la frontera entre una autopista y un río. Las estrellas que denota en el agua le parecen cableados que componen la fibra de la realidad. La fotografía, dice él, nos permite romper ese cableado y ver detrás de los ojos. Y ahí yace otro placer de la escritura: que las historias no nacen solo en tramas sino también en las cavilaciones de autores al entregarse a la página, al soltarse, como decía Sergio, al caminar por la vida o hasta por Google Maps.

Si algún momento percibí esa “sol-

tura” fue en *La experiencia dramática* de Sergio. Los personajes Félix y Rose divagan por las calles, percibiendo que al moverse logran entenderse. El lenguaje está atado eternamente al poder mnemónico de los pies. La cadencia alimenta esa reflexión y análisis, especialmente cuando, como es el caso entre Félix y Rose, se viaja con alguien y juntos pueden escenificar la vida, hacer vida en lugar de esperar de que esta los haga o los complete.

Creo que colectivamente apreciamos los beneficios de caminar durante la pandemia del coronavirus. En mi caso me perdía por el Brower Park en Crown Heights admirando como un idiota la riqueza del paisaje que hasta el momento había obviado. Anonadado en el psiturismo de unas ramas observé a un halcón regresar a su nido. El “red tailed hawk” o ratonero de cola roja es común en Nueva York y luego de avistarlo, lo vi otra vez en el alero de mi edificio. Lo

vi una tercera vez volando sobre la Calle Saint Marks en Crown Heights el día que el presidente Biden ganó las elecciones y me convencí de que era la misma ave. La llamé el Halcón de Crown Heights, que honrando la mística otorgada por los nativos, se transformó en mi guía espiritual en aquellos días de encerramiento. Desde entonces miraba por detrás de la imagen del parque a los símbolos con los cuales se tropezaban mis ojos, con el halcón, sí, y con cualquier instante que escenificara la vida, que tergiversara aquella cuarentena que se nos hacía tan secular. ¿Quién sabe tal vez nunca hubo un ave? Pero yo sí lo veía.

Eso le agradezco a Sergio, a darle pies a los ojos, a recordarnos del poder de la memoria y sobre todo la autoridad que existe en las pausas, en la tranquilidad, en ese campo fértil en cual la inercia transforma las páginas y si lo dejamos, también nuestro día a día. ☞



SERGIO CHEJFEC / ©EDNODIO QUINTERO

La memoria nunca es obediente: Sergio Chejfec

“En su trato y en su prosa, era lo exactamente contrario a un alarde. Le rehuía al énfasis, casi como si se tratara de un maltrato. Hablo del énfasis, de esa forma de sustituir la capacidad interpretativa como subrayando”

JUAN LUIS LANDAETA

*este aire es nuestra única escritura
indescifrable este aire es
nuestra común e incomprensible
obra condición*
Inger Christensen

Desde que lo conocí, Sergio siempre me hizo pensar en mi relación con la escritura y con el hecho de ser escritor o de dedicarme a intentar textos. Considerando que la literatura, la vi-

da asociada a ella y el acto siempre sorpresivo de escribir o encontrarse a sí escribiendo, es casi un error y siempre un misterio. Las ideas, los imaginarios, pero sobre todo ciertas operaciones o limitaciones: cada texto que se emprende sustituye en tiempo y forma a otro que jamás se abordará y acaso nos procure la sensación de tener una deuda que persiste. Eso último resultaba un elemento frecuente en nuestras conversaciones. La sensación (sin más, tampoco con pesar o jactancia) de que no importa cuánto se escriba, se suele sentir que no se escribe lo suficiente, por no decir, todo lo que se quiere, no haciendo uso del contraste con otros autores, sino del itinerario propio.

En ese sentido, su cavilación, la ironía, el interés auténtico por acercarse a los objetos (materiales o de pensamiento) se me revelaron de un modo fascinante y que para mí estaba regido por una suerte de exigencia: la de no rendirse a la forma esquemática de los géneros, fueran literarios o racionales. Ello me brindó, primero como alumno y luego como amigo, una gran herramienta de exploración, diversión, conocimiento y siempre, de duda. Ante Sergio siempre sentí que la duda era una acción.

El rechazo (para nada categórico, pero firme) a la noción de lugar común, lo excluía del sentido de rareza al uso de las “personalidades de ar-

tista”. En él la literatura no resultaba excéntrica, pero tampoco estaba seducido por su mandato. Con muchísima inteligencia y honestidad reflexionó bastante sobre “la actuación” del escritor en público, lo que se espera o lo que se supone de él. El caso concreto que brindaba era el de las ferias de libros o demás actos por el estilo. Tampoco se comportaba como si estuviera “más allá de eso”, pensarlo sería exactamente errar el punto. A Chejfec le encantaba sentir el aire del invierno en la cara mientras montaba bicicleta, cocinar para sus amigos, hacer reír sin reírse él y enriquecer en hallazgos su colección de colecciones. Coleccionaba muchas cosas, entre objetos y saberes.

En su trato y en su prosa, era lo exactamente contrario a un alarde. Le rehuía al énfasis, casi como si se tratara de un maltrato. Hablo del énfasis, de esa forma de sustituir la capacidad interpretativa como subrayando, y me viene a la cabeza la escena en *Mis dos mundos*, en que un personaje monologa ante la proyección de su sombra en un lago, mientras un par de animales se acercan. La cadencia de la reflexión y el tono calan tan rápido y con tanta sutileza que se hace muy difícil no doblarse de la risa. Así operaba su duda y así la escribía.

En uno de nuestros últimos encuentros, me mostró con orgullo una ad-

quisición reciente. Se trataba de una suerte de serpiente-lámpara de acrílico, que conectaba toda la parte superior de la biblioteca de su estudio con el tono azul de sus bombillos LED. Estaba emocionado. Se extendió sobre la necesidad y utilidad de un artefacto así, en una época de video clases y conferencias por Zoom. Me reí con él y celebré como siempre el compromiso frente a sus interlocutores de explicar (y demostrar) cosas como la posibilidad de regular, ajustar y disponer de la intensidad de la luz en un sitio, con la misma calma que recomendaba una película, desistía de un tópico o sugería un bar que había conocido por la zona.

He procurado evitar el estilo de los textos que despiden a un amigo o a un maestro y todo lo que eso implica. La despedida o el gesto ante su muerte, no es sino una antesala a los siguientes textos que se harán o escribirán recordándolo, pensándolo a él y a su escritura. Es casi un género. Como siempre, nadie sabe cómo hacerlo y mucho menos cómo hacerlo sin que sea como siempre se hace. De sus clases y de mis lecturas de su obra, siempre me he quedado con la intención de estar al mismo tiempo al margen de lo periférico y de lo central, esa dicotomía necia, que limita la posibilidad a la que invitaba sin prisas, la de poder arrojar muchas miradas sobre cualquier cosa. Únicas no por raras,

sino por legítimamente posibles.

Sergio me enseñó a incorporar y amigarme con todas las dudas que implica el hecho escritural. Incluso desde sus procedimientos, ya que también compartíamos la curiosidad por todo lo que la escritura a mano o caligráfica implica. Pero también la paciencia, el cuestionamiento frente a lo que se escribe o cómo se nos presenta una vez concebido, incluyendo su futilidad. En esa vacilación, ajena al uso del claro señalamiento, he vivido y experimentado mis lecturas de su obra. Siempre con la precaución de evitar los extremos, incluso los que atañen a la comprensión u omisión del sentido de los párrafos de un texto, el que sea.

El escritor está acudiendo constantemente a una aproximación, en cuyo rastro queda (resta) una obra. Pienso ahora mismo en él, su manera de pensar, la calidez de su trato, sus chistes, su libreta diminuta o su teléfono celular envuelto en una bolsita de plástico dentro de otro contenedor que a su vez reposaba en su bolso. Pienso en su escritura, en lo que le preguntaba a la gente o lo que detenía su atención. Pienso en lo que pasa cuando se termina un libro o se muere alguien con quien empezamos un diálogo hace años. Y pienso en Buenos Aires, Caracas y Nueva York, como tres piezas aludidas, inestables, dentro de un estudio enorme. ☞

MEMORIA >> SERGIO CHEJFEC (1956-2022)



SERGIO CHEJFEC / ©VASCO SZINETAR

Como sumergirse en un gran lago

“Me expongo a la escritura de Sergio Chejfec de manera similar que ante el visionado de una película de Andréi Tarkovski o Béla Tarr, a la escucha del *Da Pacem* de Arvo Pärt o a la contemplación de *Los Cazadores en la nieve* de Brueghel el Viejo, con profana religiosidad. En este tiempo en el que abunda el gusto por ‘lo inmersivo’ en la cultura, en el ocio y el entretenimiento, Chejfec me parece un maestro de la inmersión”

VÍCTOR GOMOLLÓN

“Una madrugada de 1985 me tocó estar en la pizzería. El cuartito, en la calle Talcahuano de Buenos Aires. Era hora de cerrar: la santamaría de la puerta ya había caído y dos mozos ponían las sillas patas arriba sobre las mesas. Por entonces esta pizzería era más barrial, sin la luz abundante que tiene ahora y con las paredes menos decoradas con fotos y recortes de prensa. Aquella noche cerca de la entrada se demoraba un señor mayor, hacía rato que había terminado el plato y la bebida, y ahora estaba concentrado en contar unos billetes que iba extrayendo del montoncito que había puesto sobre la mesa, presumiblemente para pagar. Los mozos hacían gestos de impaciencia cuando pasaban por detrás de él, pero también de complicidad, como si lo conocieran, lo cual se traducía en algo parecido a la burla.

El hombre se inclinaba para ver mejor el dinero y daba la impresión de que nada podría distraerlo. Era invierno, llevaba ropa gruesa y bastante holgada. Y entre la barba, la gorra bien encasquetada y los anteojos de gran aumento, sumado a la poca luz del lugar, resultaba difícil verle la cara.

Lo esperé en la vereda. Quería ver si era Antonio di Benedetto”.

Así comienza el relato de ese encuentro casual entre Antonio di Benedetto y Sergio Chejfec. Di Benedetto había regresado a Buenos Aires un año antes, en 1984, tras su encarcelamiento durante la dictadura cívico-militar argentina y su exilio de más de seis años en Europa. Chejfec, un Chejfec joven que aún no ha cumplido la treintena y que en ese tiempo publicaba reseñas para el semanario *El Periodista*, lo aborda en la calle y le expresa su admiración. Acaba de leer su última novela, *Sombras, nada más...*, recientemente publicada. Di Benedetto agradece sus comentarios sin entusiasmo. Se muestra como un hombre cansado, agotado, sus palabras destilan la amargura del autor que extraña en los demás el reconocimiento de su obra. Su vuelta a la Argentina ha sido, según expresa, improductiva. Se despiden. El viejo escritor se aleja de vuelta a casa, a unas tres cuadras de la pizzería, “con esos pasos inseguros de persona enferma o sin fuerzas”.

Hay algo de *fantasmático* en este encuentro, por usar una expresión habitual en los escritos de Chejfec (para acabar de una vez con la duda: escrito Chejfec, leído Cheifec. Basta cambiar la “j” por una “i”). No es raro encontrarse con fantasmas en la obra de Chejfec, o con pequeños sucesos que bien podrían ajustarse al entorno de lo fantasmal. También lo onírico, como los “coros de ranas invisibles que pueblan Caracas” y que trans-

figuran la noche “como si la ciudad fuera la extensión de un sueño”. Existe un otro Chejfec atraído por lo material, por lo tangible, aquello en lo que se detiene y que observa, como es su interés por las caligrafías de otros autores (y por los lugares exactos en los que viven) o por el deterioro anunciado del papel de fax: “El papel del fax envejece pronto, pero una vez alcanzado un punto de decadencia, digamos, entiendo que no se oscurece más. A partir de un punto es paulatinamente ilegible, la impresión se borra hasta desaparecer sin por eso subir el sepia del papel. Me parece notable que el deterioro avance y después se detenga para avanzar de otro modo, como si una brigada de partículas opusiera resistencia luego de haber retrocedido”. Ese interés por lo sencillo, lo pequeño y lo rutinario que en manos de otros autores bien pudiera caer en lo cursi y que en Chejfec es escritura sutil y rigurosa, precisa.

¿Es posible escribir un artículo sobre Chejfec sin nombrar a Robert Walser y sus caminatas? Es posible, así me parece, aunque creo que con la intención de romper el molde he caído en la misma trampa que los demás. Ya nombré, pues, a Walser, del que creo que su mayor distancia con Chejfec la marca su época: Walser vivió en un tiempo y un espacio en el que aún era factible la sorpresa. Walser estaba *dispuesto* a sorprenderse.

Me expongo a la escritura de Sergio Chejfec de manera similar que ante el visionado de una película de Andréi Tarkovski o Béla Tarr; a la escucha del *Da Pacem* de Arvo Pärt o a la contemplación de *Los Cazadores en la nieve* de Brueghel el Viejo, con profana religiosidad. En este tiempo en el que abunda el gusto por “lo inmersivo” en la cultura, en el ocio y el entretenimiento, Chejfec me parece un maestro de la inmersión. Quiero decir: adentrarse en la obra de Chejfec es como sumergirse en un gran lago de excelencia pregnante del que se emerge cambiando, ligeramente diferente. Chejfec tiene la extraña particularidad de despertar en el lector zonas del cerebro que creía dormidas o inexistentes. A partir de ese momento, tras su lectura, quedan en la memoria, y ya para siempre, los “autores de los que habló Chejfec”, los “objetos Chejfec”, los “diálogos Chejfec”, los “amigos de Chejfec”, los “espacios Chejfec”, las “escenas Chejfec”, “la conversación que escuchó Chejfec una mañana en la mesa de al lado en un café”. Así, con esta presencia tan endiablada suya que nos irrumpe en cualquier momento del día, se hace difícil imaginar que ya no esté entre nosotros. No es posible. O, al menos, albergamos la duda. ☹

*Víctor Gomollón es editor de Jekyll & Jill (España). Ha publicado tres libros de Sergio Chejfec: *Últimas noticias de la escritura* (2015), *Teoría del ascensor* (2016) y *Cinco* (2019).

Fluir del desorden. Fragmento

El que sigue es un fragmento de *Ars narrativa* de Sergio Chejfec, II Bienal de Literatura “Mariano Picón Salas”, Mérida, 1993. Fue transcrito de *Dominios* N° 9, enero 1994, revista de la Universidad Nacional Experimental “Rafael María Baralt”, dirigida por Miguel Ángel Campos

SERGIO CHEJFEC

Como se sabe la entropía es un principio de la termodinámica. En una de sus formulaciones sostiene que todo proceso de transformación de energía utiliza una cantidad de calor siempre mayor a la efectivamente convertida en trabajo o en otro tipo de energía. El aumento de temperatura de una máquina durante su funcionamiento, la cantidad de fuego utilizada para cocinar, son ejemplos de la inutilización de parte del conjunto de energía absorbida en el proceso, por cuanto el calor disipado proviene de la misma fuente que permite la transformación; es energía desperdiciada y de hecho irre recuperable. Puede haber procesos extremadamente entrópicos, como el de los motores de los automóviles o la transformación de energía térmica en energía eléctrica, o procesos cuya degradación energética sea menor, como la transformación de energía mecánica en calórica. A consecuencia de los riesgos ambientales, de fenómenos como el calentamiento global, la entropía ha saltado las barreras de la física. Mientras la termodinámica postula la existencia de un residuo, una cantidad de energía no utilizada, la ecología advierte sobre el peligro de su aumento. Un poco alejado de ambas, el arte participa de estos mecanismos.

Según la entropía literaria, la energía estética utilizada en la concepción y composición de un texto no se convierte totalmente en literatura, existe siempre una dispersión natural –desperdicio sería una palabra algo utilitaria para esta materia incuantificable–, canalizada a través del trabajo bajo la forma de “problema”. El problema aparece cuando el escritor advierte la resistencia de la lengua a representar otra cosa que no sea ella misma, y de hecho se manifiesta de diversas maneras, más o menos benévolas para el orgullo: desorientación, trivialidad, inhibición, cansancio, vacilación, olvido, incapacidad. Si bien podría suponerse que a mayor tarea hay más entropía –la experiencia inmediata de los escritores comprueba esta noción: muchos perciben la corrección e incluso la escritura como una desdichada y tortuosa actividad que no tiene otra función que demorar y mortificar, y en oportunidades desgraciadas también distorsionar, la reposición del origen plenamente estético de la motivación– no puede proponerse el trabajo invertido como variable única para verificar el registro entrópico de una composición. Una prueba de ello radica en la existencia de géneros de menor o mayor calidad entrópica, pero que ocultan la virtual disipación de energía tras el énfasis encarnado en su forma. El mejor ejemplo lo constituye el aforismo, transparente y vigoroso como el viento convertido en electricidad. El verso y algunas formas de poesía se aproximan también a esa limpidez que oculta un probable y fatigoso tesón. Por lo tanto el trabajo no puede ser indicio suficiente para verificar la entropía, ella debe estar inscrita en la obra. Y en esta circunstancia radica la marca distintiva de la narración, cuya felicidad reside en el tratamiento útil e inteligente de la entropía. Es un lugar común sostener que la novela aprovecha los materiales que le sirven de obstáculo, pero también es cierto que ellos, cuando son escamoteados, paradójicamente tornan invisible la virtud estética inicial que disparó, como promesa, la composición; quiero decir que cuando la narración no cuestiona las categorías, materiales y presupuestos sobre los que se construye, se aleja, al contrario del poema o aforismo, formas de la plenitud, del ideal estético. Por cuestionar entiendo la desconfianza, incertidumbre y estado de sospecha con los que el narrador debería considerar sus intenciones y procedimientos.

La entropía literaria pone en escena, a través de la novela, la relación siempre enigmática y nunca mimética que existe entre narración y verdad. Cuando más ciegamente el novelista crea en la verdad de sus materiales, contenidos, procedimientos o estilo, será menos consciente del mecanismo entrópico de su obra, y en la medida de ello hará un uso más polucionante de sus obstáculos. (Polución de la cual su novela no será la única perjudicada: recordemos literaturas y periodos enteros enrarecidos, incapaces de alcanzar cierto umbral estético; a semejanza del calentamiento global, un mal manejo de la entropía literaria implica responsabilidades individuales y riesgos colectivos).

La pregunta por la entropía nos coloca frente al significado de la transformación. ¿Qué media entre la decisión de narrar y la narración? Un conjunto de intuiciones, algo extranjeras para los narradores, sostiene esta pregunta. La primera, y decisiva, es que existe una implicancia, generalmente causal, entre la concepción y la realización de la obra de arte; la segunda, llamada a colaborar con la primera, es la garantía de legitimidad brindada por la noción de autor: después del romanticismo el artista no solo tiene la tarea de llevar a cabo la obra sino también concebirla. La concepción algunas veces funciona como un disparador de realizaciones en sentido inverso, el artista, puede modificar o contradecir el mandato, pero difícilmente niegue su existencia. Incluso resulta notorio cómo ambos extremos, un apego puntilloso a las órdenes de la concepción o la reivindicación de su ausencia, constituyen dos emblemas fuertes de ingenuidad estética.

A diferencia de la novela, la naturaleza de otras disciplinas convive sin grandes conflictos con la idea de concepción artística: parece probable no solo que un pintor conciba un cuadro a partir de un reflejo o una silueta, sino también que desde ese momento ya lo tenga, como sucede, en la cabeza; lo mismo se puede pensar de un músico cuando concibe su partitura desde un acorde; pero es más problemático imaginar a un escritor concibiendo una narración apoyado en una palabra o una frase. La concepción está hecha de sugerencias súbitas como la inspiración, pero el desarrollo de la prosa si bien puede ser veloz resulta siempre dilatado. Ya desde ese lapso inasible que media entre concepción y escritura la narrativa posee un carácter negativo: no puede ser instantánea y menos aún espontánea. Esta restricción tiene algunas implicancias afortunadas: en primer lugar, para la novela resulta impropia la exaltación, es difícil hallar un género menos enfático; en segunda instancia, alejada del brillo de la concepción y bordeando esa zona incierta donde la sucesión de palabras amenaza convertirse en idiolecto o glosolalia, la novela se torna también prescindible; tercero, la narración es lo suficientemente arbitraria como para parecer excesiva –el exceso constituye un rasgo distintivo del género; tiene demasiadas palabras sin poder ser sintético, de allí el sentimiento de impostura que acompaña a los novelistas. La tensión entre estos datos contradictorios, una escritura excedida y poco enfática, un autor incrédulo y arbitrario, es responsable del estilo en el que pienso y creo. La novela no oculta la frágil calidad representativa de la escritura, más bien la exacerba; es el modo como esa disidencia entre aquello que se dice y aquello que se refiere, propia de la ambigüedad de la lengua, se convierte en arte. ☹

HISTORIA >> A PROPÓSITO DEL 12 DE OCTUBRE

Colón y los descendientes de Adán

El inédito encuentro con los pobladores del Nuevo Mundo suscitó teorías sobre su origen en las que se mezclaban la teología, la lingüística y la utopía

EDGAR CHERUBINI LECUNA

La primera palabra indígena que Cristóbal Colón anotó en su diario de abordo fue “canoah”, al escuchar a los indígenas exclamarla asombrados al verlo sobre el puente de su barco acercarse a la costa. “Canoah” que en hebreo significa “como Noah”, “como Noé” (Génesis VI-X). Colón toma nota en su cuaderno de abordo de la primera palabra de la voz caribe que, desde ese momento, pasará a formar parte de la lengua castellana.

En su diccionario de 1495, Nebrija cita la palabra “Canoa” como el primer indigenismo recogido por Colón. Atraído por esta y otras expresiones provenientes del Nuevo Mundo, Sebastián de Covarrubias escribe y publica en 1611 su ambiciosa obra *Tesoro de la lengua castellana*. Covarrubias, compartía la idea de que América fue poblada por descendientes de Adán y de Noé, de allí que en su investigación realizada un siglo después del descubrimiento encontrara palabras hebreas: “(...) Y presupuesto que los que poblaron el mundo después del diluvio, dividiéndose en la confusión de las lenguas al fabricar la torre de Babel o Babilonia, cada nación de las que se apartaron llevaron consigo algún rastro de la lengua primera, en la qual avían todos hablado. (...) y assi digo que este nombre mexicano *cazique* puede traer origen del verbo hebreo (...), *chezech, fortitudo et fortis*, de donde se pudo dezir *cazique; hamaca* que en hebreo es *hha- mak* y otra, el nombre *canoah*”. Este último, hace alusión a la primera expresión en lengua caribe recogida por Colón en su primer viaje.

El historiador Paolo Emilio Taviani utiliza los argumentos de Hernando Colón, hijo del descubridor y su biógrafo, en la que relata que el Almirante de la Mar Oceana, ungido de un profundo misticismo, buscaba afanosamente la ubicación del Paraíso Terrenal, de allí que esa palabra hebrea fuera para él uno de los tantos indicios que confirmaban su creencia:

“Ya dixelo que yo hallaba d’este hemispherio y de la hechura, y creo que si yo passara por debaxo de la línea equinoçial, que en llegando all *en esto* más alto, que fallara muy mayor temperancia y diversidad en las estrellas y en las aguas, no porque yo crea que allí, *adonde es el altura* del estremo sea navegable, ni (a) agua, ni que se pueda subir allá, *porque creo que* allí *es el* Paraíso Terrenal, adonde no puede llegar nadie salvo por voluntad divina. Y creo qu’esta tierra que agora mandaron descubrir Vuestras Altezas sea grandíssima y aya otras muchas en el Austro, de que jamás se ovo noticia”.

En sus dos viajes anteriores el Almirante de La Mar Océana solo había descubierto islas, era como si se hubiese tropezado con los fragmentos de un inmenso archipiélago sideral en su navegación en el *Mare Tenebrosum* más allá de los límites del mundo conocido hasta entonces. En su tercer viaje (1498), el Almirante al recorrer en cabotaje la costa de Paria y arribar a la desembocadura del Orinoco, escribe en su diario:

“Grandes indicios son estos del Paraíso Terrenal, porqu’el sitio es conforme a la opinión d’estos sanctos e sacros theólogos. Y asimismo las señales son muy conformes, que yo



DESEMBARCO DE COLÓN EN GUANAHANÍ. GRABADO, 1594 – THEODORE DE BRY (1528-1598) / BIBLIOTECA NACIONAL DE PARÍS.

jamás leí ni oí con tanta cantidad de agua dulce fuese así adentro e vezina con la salada; y en ello ayuda asimismo la suavissima temperancia. Y si de allí del Paraíso no sale, parece aún mayor maravilla, porque no creo que se sepa en el mundo de río tan grande y tan fondo”.

El inédito encuentro con humanos diferentes a los europeos en aspecto, lenguas y costumbres dio pie a disímiles respuestas sobre el origen de los indios americanos. Entre las teorías, en las que se mezcla la teología, la lingüística y la utopía, encontramos la tesis del poblamiento judío antes de la llegada de Colón. En su libro *En búsqueda de la lengua perfecta*, Humberto Eco documenta las fuentes de los padres de la Iglesia, desde Orígenes a San Agustín, así como una constelación de autores renacentistas, entre estos al erudito y lingüista Guillaume Postel (1510-1581) que “admitieron como dato irrefutable que el hebreo había sido la lengua primordial de la humanidad ya que esta procedía de la descendencia de Adán y Noé”.

El libro de Ana Bolbot de Alfon (1930-2009), *Col Ibri: voz hebrea. Raíces del idioma hebreo en los nombres autóctonos de Venezuela*, revive la tesis de un poblamiento judío en esta parte de América, mezclándose con los aborígenes mucho tiempo antes de la llegada del Almirante. Antes comentar los hallazgos etimológicos de esta lingüista, repasemos algunas ideas y suposiciones que sostienen la tesis del poblamiento de América por navegantes judíos y las fuentes de una protolengua hebrea en relación con las coincidencias y rasgos comunes con las lenguas indígenas del Nuevo Mundo.

En el prólogo, Vinicio Romero Martínez, cita algunos autores que se hacen eco de estas indagaciones: “Esta tesis la presenta por primera vez Arias Montanus, autor en 1571 de la *Biblia Poliglota*. Después de la conquista del reino de Israel por los asirios en el año 721 a.d.C, las diez tribus que componían dicho reino desaparecen de la historia”. En Paul Rivet (*Los orígenes del hombre americano*) encontramos la relación de esta tesis judía al mencionar el tratado escrito en 1607 por Gregorio García *Origen de los hombres del Nuevo Mundo*, en el que intenta demostrar las afinidades morales y lingüísticas que existen entre los judíos y los indios americanos. El caso es que, según la Biblia, Salomón recibía anualmente cientos de talentos de oro provenientes de Orphir (I Reyes X, 14). En el Libro de los reyes se dice que las flotas traían el metal precioso utili-

zando naves de larga singladura (aptas para largas travesías oceánicas) y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, monos y pavos reales (I Reyes, X, 21). Onffroy de Thoron (Siglo XIX) y otros autores señalan que Orphir se refiere al Amazonas.

Colibrí es "voz hebrea"

En ese Paraíso Terrenal o Tierra de Gracia, en medio de su exuberante naturaleza vive un ave polinizadora de pequeñas dimensiones y plumaje tornasolado que, en su coreografía ante las flores, bate sus alas 80 veces por segundo produciendo un zumbido muy particular, el colibrí. Su nombre llamó poderosamente la atención de Ana Botbol, motivándola a iniciar un estudio comparativo entre el hebreo y las voces autóctonas venezolanas. Según la investigadora, Colibrí proviene de “*Col Ibri*” y significa “voz hebrea”. Durante treinta años exploró las voces de las diferen-

tes regiones del país en busca de las claves que forman parte de esta reveladora investigación de lingüística comparada.

Sobre este compendio de nombres indígenas en estrecha relación con el idioma hebreo, la autora descubre que, al traducirlos, la mayoría de los vocablos tienen una relación directa con los significados que ellos expresan o cuando se trata de lugares geográficos están acordes con la ubicación de estos. Por ejemplo, vemos que Quíbor quiere decir “enterrado”, “sepultado”, lo que coincide con el yacimiento encontrado en el centro de esa ciudad que contiene enterramientos de cientos de adultos e infantes que fueron amortajados en cestos o fardos funerarios, siendo los restos humanos más antiguos de nuestra geografía. Otro descubrimiento es el de Imataca: “HI”: ella; “MATACA”: metal. “Ella es metal”. En el complejo de la sierra de Imataca se encuentran los grandes yacimientos de hierro de

la Guayana Venezolana.

En este sentido, Fray Cesáreo de Armellada (1908-1996), autor de gramáticas y diccionarios de lenguas indígenas venezolanas, coincide con la autora, al afirmar que “el nombre 'guajiro' viene del hebreo 'guachir' que significa 'rico'; 'gu': el; 'achir': rico. Sobre estas similitudes, el misionero sostiene que “es muy creíble que con la dispersión de las tribus de Israel del año 3283 de la creación del mundo llegasen muchas familias hebreas, de quienes los antiguos moradores de América tomaron ciertas ceremonias y costumbres judaicas”.

A continuación, comparto algunos de los hallazgos comparativos entre el hebreo y los vocablos autóctonos estudiados por Anna Botbol, no sin antes agradecer a mi apreciada amiga Lena Soffer, quien tuvo la paciencia de escanear las 683 páginas del libro de su biblioteca en París para que yo pudiera reseñar esta interesante investigación.

Autana: El Autana es un tepuy situado en el estado Amazonas y es considerado por los indígenas que habitan la región “El árbol de los frutos del mundo” o “árbol de la vida”. El nombre “Autana”, según la autora, posee una serie de significados sagrados. “Tana” o “Tanaj”: “La Torá, los Profetas y los escritos forman en hebreo el término ‘Tanaj’ o la siembra de la semilla moral para la humanidad”. El “Tanaj” es “Libro de vida”. “Y será, cuando entres al país que el eterno, tu Dios, da a ti por heredad y lo heredarás, y morarás en él” (Deuteronomio. Tavo XXVI-1). “Tomarás primicias de todo ‘fruto del suelo’, que traerás a tu tierra que el Eterno, tu Dios da a ti, y las pondrás en el cesto ‘Au-Tena’ e irás al lugar que eligió, tu Dios, para hacer morar su nombre allí” (Deuteronomio. Tavo XXVI-2).

Caura: “Como un fulgor”.

Churuata: “Tus muros, tus linderos”.

Casiquiare: “Que corta los montes” (este río produce una divisoria de aguas y tierras)

Orinoco: “Mi río limpio”.

Duida: “Doble eternidad”. También significa “Tizón, brasa”, “caldero ardiente”, “fuego sacrificial”. El Duida es una extensa meseta que alcanza los 2.398 m de altitud y fue descrito por Humboldt como un volcán “(...) que solo daba llamas en los meses de diciembre y enero”.

Mavaca: “Nublado de lágrimas” (selva nublada o bosque pluvial)

Parima: “Pari”: se multiplicó; “Ima”: madre. “Pare la madre”. En la sierra Parima se encuentran las fuentes donde nace el Orinoco.

Tepuy: “Altos muros de espejos”, “Destilarán gotas”

Yanomami: Para Ana Botbol, fue esclarecedor leer el libro de Napoleón Chagnon: *Yanomamo. The Fierce People*. La autora descubre correspondencias importantes señaladas por el antropólogo. Aparte del significado Yanom: “los jóvenes”, “palomas”; Amo: “de su pueblo”, “Jóvenes de su pueblo”. Botbol se asombra al encontrar en el glosario del libro de Chagnon, el término “Levirato”, ya que los Yanomamis desposan a la viuda de su hermano. La autora señala que en el precepto 216 de Maimónides, aparece la “Ley del Levirato” o “Ibum” vigente hoy en día.

Yeküana: Yehu: “Rey ungido de Israel” Ana: “está aquí”. “(...) Derrama aceite sobre su cabeza y di así dijo Dios, yo te he ungido por Rey” (II Reyes N° 9,1). Sobre el pueblo Yeküana o Makiritare, la autora atina a descubrir otra asombrosa correspondencia al enterarse que, en una de las ceremonias de los Yeküanas, el Chamán es embadurnado de aceite, ungido en aceite, que en hebreo es “Chemen”.

Porque “hablar es crear un pedazo del mundo” los cientos de nombres y términos que Ana Botbol estudió en Venezuela son revelaciones sobre la riqueza y los enigmas que atesoran las culturas ancestrales de Venezuela. ☼

